





... las
... Fueras
... cual mi
... reg
... ste

P-39
N-389

ANT
XIX
108



14ms. R. 70.307

JESUS, MARIA Y JOSE,

SIETE MEDITACIONES

S O B R E

LOS PRINCIPALES PASOS

DE LA

SAGRADA PASION Y MUERTE

DE NUESTRO AMANTISIMO

REDENTOR JESUS.

SEGUNDA IMPRESION.

Aumentada con un método facil de visitar al Santísimo en el Jubileo de las cuarenta horas , y el modo de hacer la visita de Sagrarios en la Semana Santa con provecho y utilidad de los que la practiquen con reverencia y devocion.



SEVILLA

IMPRENTA DE CARO HERNANDEZ.

1823.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

REPORT ON THE PROGRESS OF WORK

FOR THE YEAR 1900

BY THE FACULTY

Presented to the Board of Trustees
at the meeting held on the 15th day of
June, 1901, at the University of Chicago
Library of the University of Chicago
Chicago, Ill., U.S.A.

PRINTED

BY THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

1901



MEDITACION I.

Considera , alma , como despues de haberse despedido nuestro amabilísimo Redentor Jesus de su amantísima Madre, y despues de habernos dado el mas raro egemplo de humildad lavando los pies á sus Apóstoles , sin atender á la inconstancia de Pedro, ni á la alevosía de Judas, ni á la cobardía de los demas , para dejar de practicar este tan insigne acto de humildad , en que nos dejó á todos nosotros la mas alta doctrina de su divina escuela ; y mostrando el camino que habiamos de andar los que tuvieraamos la dicha y felicidad grande de seguir las pisadas de tan divino y amantisimo Maestro : despues de dar á su corazon el desahogo de obrar por

nosotros la mayor fineza en la obra mas grande, mas alta y mas estupenda que quiso, supo y pudo obrar el poder, sabiduría y amor de todo un Dios enamorado de los hombres, y empeñado en remediarlos y favorecerlos al mismo tiempo que ellos se empeñaban en ofenderle, perseguirle, atormentarle y quitarle la vida, descubriéndose aqui dos extremos los mas contrarios, cuales son el amor mas grande, estremado, fino y verdadero de Dios para con nosotros, y la ingratitude, malicia, odio é ira inaplacable de los hombres para con su Dios, cuando para memoria eterna se quedó con nosotros en el Sacramento que para darnos la última y mayor muestra de su amor, instituyó en aquella última noche (que lo fue de su santísima vida entre nosotros) en que nos dejó su santísimo

Cuerpo en comida, y su preciosísima Sangre en bebida:
Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus.

Despues que obró todo esto para nuestra enseñanza, y dejádonos esta muestra tan verdadera de su amor nuestro amorosísimo Redentor, salió del Cenáculo acompañado de sus once Apóstoles, para irse á entregar en manos de sus enemigos; pero antes se retira á orar á su Eterno Padre: y para hacerlo se dirige al huerto de Getsemaní, y dejando ocho de sus Apóstoles, se llevó consigo solo tres, los mas amados y queridos, que tambien los dejó, aunque mas cerca, pero algo retirados; para solo y aparte de toda criatura orar á su Eterno Padre, gastando en esta oracion una ora: en la que padeció tristezas, congojas y aflicciones inesplicables, y una mortal agonía, que le o-

bligó á derramar su preciosísima sangre en un sudor tan general y copioso, que corrió por la tierra. En esta oracion que hizo á su Padre, repitió por tres veces la peticion de que le dispensára el beber el amaago cáliz de su dolorosa pasion, porque la carne naturalmente resistia á tan terribilísimos tormentos, como sabia que habia de padecer: y á pesar de esta resistencia que sentia en la parte inferior, no pide se haga su voluntad, sino la de su Eterno Padre: *Tristis est anima mea usque ad mortem::: Pater, si possibile est, transeat á me calix iste. = Non mea voluntas, sed tua fiat.*

Pondera, alma, con la mayor ternura, compasion y lágrimas lo que padeció tu amorosísimo y amabilísimo Redentor en esta hora de oracion. Y para que puedas entender algo de lo que tu Dios padeció, y asi

compadecerte de sus penas, y en el modo que te sea posible recompensarlas; pon tu consideracion en los motivos que tubo este Señor para padecer y sentir tan terribles tristezas y congojas que causaron en él unos efectos tan estraños, cual ninguna otra criatura jamas ha experimentado, ni experimentará: pues en ninguna hubo ni pudo haber las causas que habia en tu Dios para sentir y padecer mas que todos los Mártires han padecido y padecerán en sus mas terribles y prolongados martirios.

El primer motivo que afligió aquel enamorado corazon de nuestro amante Redentor fué el claro conocimiento que tenia de todos los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir: la gravedad de la culpa, la ofensa que hacemos á Dios, y el daño que causa en

nuestras almas por esta misma ofensa que hacemos á Dios, á quien debemos amar con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas. Veia y conocia este Señor la ingratitud, olvido y desprecio que las criatura habian de hacer de su preciosísima sangre y pasion. Y como junto con ser hombre era Dios, por la union de la divina naturaleza con la humana en que padecia; asi penetraba nuestros mas ocultos pensamientos y torcidas intenciones, nuestras infidelidades, nuestras tibiezas, nuestras caidas y nuestras omisiones en su santo servicio; y todo esto le era motivo de indecible afliccion. Mira, alma, cómo lo que le podia servir á tu Redentor de consuelo, que era el ser Dios Omnipotente é invencible; como que se olvida de su Divinidad para el alivio, y solo se sirve de

su divina sabiduría para mas padecer. Tambien era la causa de esta afliccion que padecia tu Redentor, el temor de los muchos tormentos que habia de padecer en su amarga pasion y muerte afrentosa que le esperaba: le afligia la ausencia de su Santísima Madre, que sola ella entre todas las criaturas, podia servirle de consuelo y alivio en sus aflicciones y penas. Tambien le atormentaba su corazon la tibieza de sus Apóstoles, á quien para buscar algun consuelo los visitó; y para aumentar sns penas halla que descuidadamente se habian dormido.

¡O Dios de mi alma! ¿A dónde, bien mio, hallareis consuelo? Ya no os queda, amado mio, adonde volver los ojos en la tierra para buscar alivio; antes sí todos son motivos y objetos de mayor afliccion para

vuestro amante corazon: ponedlos, vida mia, en el cielo, á ver si allí lo encontráis. Clamad á vuestro Eterno Padre, que como es misericordioso y piadoso por esencia, se compadecerá de vuestra grande afliccion, y la remediará. Pero ¡ay alma! mira cómo clamando tu Redentor á su Padre para que le dispensara el amargo caliz que le prepara, tampoco halla alivio ni consuelo en su Padre; sino que lo deja padecer, sin darle respuesta. ¡O Jesus mio! ¿Por qué no os valeis ahora de vuestro ser divino para vuestro alivio? Mirad, Señor, que sois Dios Todopoderoso; no os olvidéis tanto de vuestra Magestad. Pero ¿cómo se habia de valer este Señor de su poder para su alivio, si el amor que lo habia puesto en estos trabajos, habia vencido su poder! Y si se vale de su

invencible poder y fortaleza es para no morir; como naturalmente se rindiera á la muerte con una sola de las congojas que padecia: y asi padecer mas, conservando la vida. ¡Ay! amado de mi vida, qué egemplo me dais para no buscar alivio ni consuelo en mis penas y trabajos; aun cuando este alivio lo tuviera en mi mano. Mira, alma, cómo perseverando tu Redentor en su oracion, aunque sin alivio (para tu enseñanza) volvió á repetir la peticion á su Eterno Padre, quien tampoco le da respuesta. Mira la malicia de tus pecados, pues ellos fueron la causa de que se le negase á tu Redentor lo que pedia; pues no se aplacaba la divina Justicia mientras no pagaba con su preciosa sangre y vida santísima la deuda de nuestros pecados, que sobre sí tomó tu amabilísimo Redentor:

quien sin alivio agonizaba en mortales angustias derramando su preciosísima sangre en un copioso sudor hasta que corrió por la tierra. Y agonizando vuelve á clamar con mayor fuerza á su Eterno Padre: *Tristis est anima mea usque ad mortem:: Pater, si possibile est, transeat á me calix iste. — Non mea voluntas, sed tua fiat.*

Aqui le manda el Padre un Angel para que le conforte; pero ¿qué piensas tú, alma, le dice el Angel para aliviarlo? ¿Piensas acaso le dispensan á tu Redentor heba el amarguísimos caliz que le esperaba? No, no fue este el alivio que recibe: lo que le da fuerzas, valor y aliento es el cumplimiento de la voluntad de su Eterno Padre: la exaltacion de su santísimo nombre, el bien que á todos nosotros resultaba, y el egemplo y enseñanza que

su pasión y muerte nos dejaba. Esto fue lo que dió esfuerzo á tu Redentor para levantarse de la oración, y juntándose con sus Apóstoles salió á recibir y encontrarse con el desdichado y traidor Judas, que le iba á entregar alevosamente con el fingido ósculo, que no desechó el Señor: ni á él lo hubiera excluido de su misericordia, si la quisiera admitir. Teme, alma, la desdicha de Judas, pues no es menos tu flaqueza, ni mayor tu virtud; y aprende de la mansedumbre y caridad de tu amante Redentor, la que debes tener aun con tus mayores enemigos, que á ninguno debes tener por tal, sino á tí misma; pues ninguno lo es para tí mas cruel.

Dada la señal del hipócrita discípulo, se arrojaron á prender al Señor aquel turbulento y desatinado escuadron de mi-

nistros, asistidos del mismo Lucifer; y el Señor con mansedumbre, pero al mismo tiempo magestad, les dijo: *¿A quién buscáis?* Y respondiendo que á Jesus Nazareno, respondió el Señor: *Yo soy.* A cuya voz, sin poder resistir, cayeron en tierra, donde hubieran permanecido si no interviniera la voluntad del mismo Señor, que deseaba entregarse en sus manos, y para hacerlo por su propia voluntad, y que ellos así lo conocieran, los levantó con su virtud el que con la misma los habia derribado. Y volviéndoles á preguntar *á quién buscaban*, respondieron: *á Jesus Nazareno.* Y dijo el Señor: *Yo soy.* Y dándoles permiso sobre su divina persona, le embistieron como fieras inhumanas; y con indecible crueldad le derribaron en el suelo, atormentando aquella santísima y divina hu-

manidad : derramando al mismo tiempo por sus sacrílegas bocas el veneno y ponzoña de sus inmundos y depravados corazones. Y con diabólica industria amarraron y rodearon aquel santísimo cuerpo de tu amante Redentor con las mas terribles y nunca vistas prisiones , de fuerte cadena , con que ciñeron su cuerpo por la cintura y garganta , brazos y cintura , dejando los extremos para que tirando ellos á una parte , pudieran asi atormentar mas cruelmente (¿á quién , alma ?) á tu Dios , á tu Redentor , á tu Padre , á tu bienhechor , á tu consuelo , á tu descanso , y tu esposo regalado. Ea , alma , míralo y remíralo , á ver si lo conoces. ¿Pero cómo lo has de conocer ? Ya no lo puedes conocer por su hermosura ; pues aunque empieza ahora á padecer , ya pudiera decirse era a-

cabar ; pues en poco tiempo hicieron grande estrago y destrozo en su divina persona la implacable ira é insaciable crueldad de aquellos endemoniados ministros y autores de la maldad. Y á vista de lo que padece tu amado ¿qué deseas tú hacer por él para aliviarlo? ¿Pero qué has de hacer? El principal alivio que puedes y debes darle es imitar sus virtudes y seguir su ejemplo. Mira la enseñanza que te dió en aquella larga y penosa oracion : allí te enseña la precision de acudir á Dios por medio de la oracion , para asi poder vencer á tus enemigos invisibles , á tus pasiones é inclinaciones terrenas : te enseña la paciencia y perseverancia en la oracion , aunque en ella esperimentes la sequedad , afliccion y desconsuelo ; pues no mereces mas que tu Dios , quien por tí padeció

otras mayores. Aprende tambien la conformidad con la voluntad de Dios, pidiendo se cumpla en tí antes la suya que la tuya; y no busques consuelo sino los que el Señor quiera darte, cuando á tí te conven- ga. Y toma el egemplo de su- frimiénto y tolerancia que te dió el Señor en lo mucho que toleró en su prendimiento. ¡O amado de mi alma! pronta es- toy, vida mia, á seguir tus pi- sadas y tu egemplo, fiada siem- pre en tus auxilios, que no me has de negar lo que, para dar- te lo que me pides, necesito. ¡Ay dulce bien mio y única vi- da de mi alma, cómo se las- tima mi corazon, viendo en la situacion en que os han puesto mis culpas! ¿Cómo descansaré, amado mio? ¿Cómo descansa- rá mi corazon, si no padece? ¿Cómo creeré que te amo, si no te imito? ¿Cómo conoceré

que te sirvo, si no sigo tus pi-
 sadas? ¡Ay vida de mi alma,
 y alma de mi vida! ¡Cómo, a-
 mado mio, aunque no os co-
 nozco en lo desfigurado de vues-
 tra divina persona, ~~os conozco~~
~~en lo desfigurado de vuestra~~
~~persona~~, os conozco muy
 bien en lo enamorado de vues-
 tro corazon! El amor, amado
 mio, el amor en que os abra-
 sais por mí es el que os ha pues-
 to en esos trabajos, y el amor
 ha de ser el que os ha de con-
 ducir hasta la muerte. ¡O si
 fuera tan verdadero y fino mi
 amor para con vos, que me o-
 bligara á padecer con vos has-
 ta morir crucificado á vuestra
 semejanza! Pero ¡ay de mí! y
 qué lejos estoy, amado mio,
 de amaros! ¡Cómo me obligais,
 pero con cuánto dolor de mi
 corazon conozco esta verdad, y
 con cuánto motivo temo el car-
 go que por ello me habeis de

hacer. ¡O Madre dolorosísima y afligidísima! siento, amada Madre de mi alma, haber sido la causa de vuestros acerbísimos dolores: pero aunque me hallo culpada delante de vos, no pierdo la confianza en vuestro maternal amor, con el que tan abundantemente me habeis favorecido; y así, Madre, con esta misma confianza de hija llego á vuestros divinos pies, donde postrada, suplico por las aficciones y congojas que padecisteis cuando en espíritu acompañábais á vuestro amado Hijo en las angustias y agonias del huerto: y por el dolor que os causó la alevosía de Judas y la crueldad de los ministros, cuando con tanta inhumanidad fue por ellos entregado, preso y maltratado aquel mansísimo cordero Jesus, vuestro querido Hijo, y mi amorosísimo Redentor, me alcanceis,

Madre mia , principalmente el perdon de mis innumerables culpas; pues estas fueron, Madre amantisima , las que hicieron tanta inhumanidad en la humanidad de mi amado Jesus , y quien martirizó vuestro ternisimo corazon , y tambien me alcanceis los eficaces auxilios que necesito para imitar las virtudes de vuestro amado Hijo y las vuestras , y siga sus pisadas y ejemplo, llevando siempre conmigo la mortificacion de Jesucristo ; y que teniendo presente su sagrada pasion y vuestros acerbisimos dolores , los sienta y llore amargamente , y corresponda del modo que me sea posible á tanto amor. Y pues vos sois la Madre del *Amor hermoso* , comunicadlo, amantisima Madre mia , á mi corazon , para que arda y mas arda en el verdadero amor de mi Redentor, y en el vuestro; con el que

ame incesantemente: y solo amando tenga mi consuelo; solo padeciendo, mi descanso; y sufriendo, mi deleite; humillada, mi satisfaccion; despreciada, mi gozo; afligida, mi alegría; y crucificada, mi gloria.

MEDITACION II.

Considera, cómo teniendo aquellas fieras preso y cruelmente maniatado á aquel mansísimo Cordero, lo llevan con mucha algazara y confusion á la ciudad para presentarlo al Pontifice Anás, y en este camino padeció tu Redentor indecibles calumnias y desprecios: pues se gloriaban sus enemigos de la hazaña de llevar preso al que tenían por el mas facineroso y público malhechor, y le decian con arrogancia y desprecio: „Cómo no te libras ahora de nuestras manos, co-

mo lo hacías cuando predicabas en el Templo? Ahora no te han de valer tus hechizos y mentiras:” y mofándose le daban empellones y golpes: y y atropellándole y derribándole en el suelo lo maltrataban fuertemente con insaciable rabia y odio mortal, con que todos á porfía atormentaban aquella santísima y delicadísima humanidad. O crueldad del pecado! ¡Cómo siento, Redentor amorosísimo de mi alma, los muchos y gravísimos que he cometido, y cada día cometo contra vuestra Divina Magestad! ¡Cómo quisiera, amado de mi alma, haber muerto antes que haberte ofendido con una sola culpa, y que de veras deseo, y te pido me quites la vida antes que vuelva á ofenderte! ¡Quien pudiera, aunque derramara la última gota de sangre que tengo en mis venas,

deshacer todos los que he cometido en mi mala vida! Mátame, vida mia, y no permitas que te vuelva á desagradar con la mas minima imperfeccion.

Sigue, alma, á tu Redentor, si tienes corazon para seguirle; y mira como presentan al Maestro de la vida y Autor de la verdad delante de aquel soberbio Juez; quien con arrogancia examina á Jesucristo de su doctrina, y el Señor le dijo: "¿Qué me preguntas á mi? Pregunta á lo que me han oido; pues yo siempre he predicado en el Templo y Sinagoga, y nada he enseñado en oculto: y dando esta respuesta, que no merecian oir, uno de los ministros que alli estaban levantó la mano, y dió una cruelisima bofetada en el divino rostro del verdadero Hijo de Dios, diciendo: „¿Cómo respondes asi

al Pontífice?" ¡O crueldad nunca vista! O crimen el mas horrendo! O corazon de fiera! O malicia la mas execrable! Dime, hombre malvado y cruel, ¿qué motivo te ha dado ese mansísimo Cordero, para que tan sin compasion hirieras su hermosísimo rostro? Ese rostro, que es la hermosura de la gloria de los bienaventurados, el espejo en quien desean mirarse los Angeles del cielo, y el resplandor de la gloria del Padre? O Dios mio! ¿Adónde, Señor, está vuestro poder? Angeles del cielo, ¿adonde estais? No hay uno que detenga el brazo de este mal hombre, para que no descargue su furor en esa Divina Magestad de nuestro Dios? ¿No detuvisteis en otro tiempo el brazo del Patriarca Abraham, para que no descargara el golpe sobre el inocente Isac? Cómo no de-

fendeis á este nuevo y verdadero Isaac? Pero ¿cómo lo habeis de detener, si el haberlo detenido en aquel fue porque se reservó para este? Aquel sacrificio fue solo figura, y este lo fue en la realidad: que no podia menos, Dios mio, vuestro ardentísimo amor para con los hombres, ni la malicia de estos pudo mas contra vos. Pero qué, ¿piensas tú, alma, que se dieron por contentos con esta tan inaudita crueldad? No, que por parecerles poco lo que atormentaban á tu amado Jesus, lo llevaron con indecible crueldad al Pontífice Caifas, y este le conjura de parte de Dios para que le diga quién es; y como el Señor no le da respuesta á proporcion de lo que deseaba, asi el Pontífice, como todos los que con él estaban, maltrataron á tu Dios y Redentor, tratándolo de blasfemo. ¡O

alma amante de Jesus! ¡mira cómo son recibidas las palabras que salieron de aquella divina boca; cuya propiedad fue siempre la verdad!

Después de haber así maltratado al Señor, y siendo ya tarde, entregaron á la disposición de los ministros, soldados y criados á tu amantísimo Jesus, para que á su placer lo atormentasen, mientras dormían los jueces. ¡Ay, alma! ¡quién podrá explicar lo que padeció en esta tristísima noche! Nadie: pues sabemos que mucho de lo que el Señor padeció en esta noche está reservada su noticia para el día terrible del juicio. ¡Ay! ¡de cuánta confusión nos servirá cuando se nos hagan patentes tales y tan inimaginables tormentos y desprecios, y que fuimos la causa de ellos!

Pero no olvides, alma, lo que sabemos padeció nuestro

amantisimo y pacientisimo Redentor en esta noche en aquel sótano, donde no podia el Señor estar derecho por lo bajo de este despreciable lugar, donde para no ser vencidos del sueño los ministros, se emplearon en hacer cuantos desprecios, burlas y desacatos pudo inventar la malicia diabólica, quien los inducia contra aquella santisima humanidad: pues para ver sí era Dios fingido ó verdadero, le vendaron los ojos con un trapo despreciable é inmundado, y le daban bofetadas, puntillones, coces, puñadas y puntapiés, y diciendo *adivina quien te dió*, burlándose y pensando no los veia el Señor teniendo vendados los ojos. ¡O Dios de mi alma, y qué pena era esta para vos en ver cuán deslumbrados y ciegos estaban aquellas infelices almas! ¡Pero de cuánta mayor pena le ser-

viria á este Señor el ver nuestra ceguedad viviendo y pecando descuidadamente, sin reflexionar que Dios nos está viendo, no solo nuestras obras, sino tambien nuestros mas ocultos pensamientos! ¡Ay, Dios de mi alma, con cuánta confusion reflexiono esta verdad! ¡De cuántas maldades me hareis cargo, Dios mio, en vuestro tribunal y terrible juicio! ¡Cómo, Señor, no me quitábais la vida, cuando tan atrevidamente os ofendia! Pero ay, amado mio, y ¿qué hubiera entonces sido de mi pobre alma? ¡Bendito seais, Dios mio, que con tanta misericordia me mirásteis, sufriendo mis maldades, y dándome tiempo para la enmienda! ¡Cuánto os debo por este beneficio, que ni lo conozco, ni lo sé agradecer!

Despues de estos tan imponderables tormentos, aun pade-

ció tu Redentor otro dolor mas indecible, con que era traspasado su amante y tierno corazon. La negacion del amado Apostol: esta le fue de mayor afliccion que todos los tormentos que sufrió de sus enemigos.

Pondera, alma, cuál estaria aquel enamorado corazon de tu amado Redentor viéndose burlado de todos, mofado y reputado por Dios fingido y Profeta falso, de una gente, delante de quien tantas y tan grandes maravillas habia obrado; y que olvidándose de todo lo que en él habian visto, por lo que le habian aclamado por el Mesias verdadero; ahora solo le aclaman por hechicero, mágico, embustero y endemoniado. ¡Ay, Dios de mi alma! y qué mal retorno recibis de las criaturas, pues por la doctrina recibis desprecios, por el amor odio, por los milagros escarnio, por

vuestras palabras de vida confusion, y por los beneficios maleficios! ¿Y qué otra cosa habeis recibido de mi ingrato corazon, aunque tan estremadamente obligado? ¡Ay, Jesus mio, de cuánta confusion me sirve esta reflexion, y de cuánto temor mi cargo!

Aunque sintió tanto nuestro amorosísimo Jesus la ingratitude de aquella desconocida y desagradecida gente; pero fue sin comparacion mayor el dolor y amargura de su amante corazon por la flaqueza de Pedro; siendo tanta su cobardia, que lo rinde á que niegue á su Divino Maestro, una, dos y tres veces. Alma, que conoces el caracter del amor, y sabes hasta donde llegan los estremos del que arde en el enamorado pecho de tu amante Redentor para con sus escogidos y amigos, pondera, si es que

cabe en ponderacion, lo sensible de la herida en el corazon mas amante, causada por el mismo que mereció ser objeto de su amor. ¡Ay, y cómo no se puede explicar, ni menos comprender, sino es experimentándolo, cuánto lastíma la herida que de la infidelidad é ingratitud del amado resulta en el corazon del amante! Por eso fué tan indecible la pena que padeció el corazon de nuestro amante Jesus con la infidelidad de Pedro; quien antes habia dicho á su Maestro: *Si oportuerit me mori tecum, non te negabo.* Pero esto fué en la prosperidad; mas llegando la adversidad, se rindió; y por no padecer ni morir, á que se habia ofrecido antes que negarle, le nego antes que morir, y aun por no padecer la confusion de ser tenido por discipulo de aquel á quien todos aborrecian, y te-

nian por malhechor y facineroso. Pero dime, alma: ¿has esperado tú á tanto como Pedro, para negar á tu Maestro; no una noche, sino quizá no hayas dejado en tu vida tan solo un dia en que no hayas negado con tus obras que eres discipula de tal Maestro? Ay! cómo no puedes negar esta verdad, aunque con indecible amargura y dolor de tu corazon! Pero ya que lo has imitado en el yerro y flaqueza, imitale en el dolor y en la penitencia; pues al punto que miró á su Maestro, que lo miraba, conociendo su pecado, lloró y se arrepintió toda su vida, tomando venganza de su flaca carne. Pues esta flaqueza lo hizo caer á él en tal desgracia; no te ha puesto á ti la tuya en otra menor situacion: y asi no debe ser menos tu dolor y penitencia.

Mira que has atravesado de

dolor el corazon amorosissimo de Jesus, tu amado Esposo; y al mismo tiempo has herido el candisimo corazon de Maria Santisima, tu amorosa Madre. ¿Qué deberás hacer para reparar estos daños, y curar estas heridas? ¡Ay, Esposo dulcissimo de mi alma, y amada Madre de mi corazon! Este mi corazon se aflige y ahoga con la consideracion de mis muchas ingraticudes y vil correspondencia, á quien tanto debo. Vos, Madre mia, suplid las men- guas del apocado amor de este pobre corazon. Disimulad, amada Madre mia, mi flaqueza, y satisfaced con vuestro ardiente y verdadero amor lo mucho que esta vuestra hija debe á su Dios. Sola vos, Madre mia, sabeis cuánta es mi obligacion, por lo mucho que tengo recibido de la liberal mano de mi Señor y Esposo; y asi sola vos

podeis satisfacer esta mi grande deuda, y alcanzarme nueva y poderosa gracia con que pueda en todo imitar las virtudes de paciencia, humildad, afabilidad, mansedumbre y caridad que me enseñó vuestro divino Hijo y mi amado Redentor; y siga el egemplo que me dejó en su passion, de tolerancia, sufrimiento y constancia de ánimo, con que padecia, y con la que vos, Madre mia, lo acompañábais en sus penas y aficciones; recompensando con amor y adoracion los ultrages y odios con que le trataban sus enemigos, y la cobardia de sus amigos. Esta misma quiero, amada Madre mia, que sea mi continua ocupacion, desvelo y cuidado siempre, siempre, siempre.

MEDITACION III.

Considera cómo llegada la mañana del Viernes, se volvió á juntar aquel infame é inicuo concilio, ante el cual fue presentado el Señor, y de segunda vez le pregunta el Pontífice si era Hijo de Dios. Pero como la respuesta que el Señor le daba no era como lo que ellos deseaban saber, se indignaban contra aquel inocentísimo Cordero, maltratándolo no solo con golpes, empellones y bofetadas, sino mucho mas cruelmente con sus sacrilegas lenguas; y decian á tu amante Salvador las mas execrables, feas y abominables blasfemias, desprecios é irrisiones; cumpliéndose aquellas palabras del Profeta: *Quia exaceruerunt tamquam gladium linguas suas.*

¡Ay, Jesus mio, y cómo quisiera yo tener el amor en que

se abrasan los Serafines , y poder daros mas alabanzas que os dan todos los Espiritus Angélicos , para recompensar el odio y las blasfemias de aquellos crueles corazones y sacrilegas lenguas , empleadas en ofenderos y despreciaros ! ¡ O almas amantes de Jesus ! ¿ para cuándo son los afectos , para cuando las alabanzas , para cuándo la compasion , dolor y afliccion ? Ahora , ahora que se ve este enamorado esposo de nuestras almas entre tantos enemigos , que se empeñan en despreciarle y atormentarle , debe ser mucho mayor nuestro empeño en manifestarle lo fino de nuestro amor , y la compasion mas verdadera de nuestro corazon . El corazon mas abrasado , y al mismo tiempo mas lastimado . ¡ Ay , lastimado Esposo de mi alma , cuánto es mi dolor por mis pocas facultades ! Me veo , ama-

do mio, tan pobre de amor, que esta mi pobreza me pone en la mayor afliccion y tristeza. Es verdad que aunque poseyera mi corazon el amor de todas las criaturas que ha habido desde el principio del mundo, y habrá hasta la consumacion de los siglos: y aun cuando tuviera y juntara en mi corazon el amor de todos los Angeles y bienaventurados, aun no quedara este mi corazon satisfecho, ni saciadas mis ansias y deseos de amor y mas amor para con vos, que sois todo amor para conmigo. Vuestras obras lo dicen si me amais.

Pero ¡ay de mi! que no puedo decir esto yo de las mias, antes muy al contrario, pues aunque parece hallarme abrasada en un verdadero fuego de amor vuestro, y con mis palabras protesto que os amo, mis obras lo niegan; pues no son conformes,

ni dicen con las palabras. Aprende, alma mia, de tu amante Redentor, y da á este Señor verdaderas muestras de tu amor, conforme á las que te dió siempre del suyo. Sigue sus pasos, y toma el ejemplo que te da en los tribunales, donde le presentan y acusan sus enemigos. Mira como lo llevan de casa de Caifás á la de Pilatos, y lo acusan de que predicaba y enseñaba nueva doctrina; que prohibia se le pagasen los tributos al César; y que se queria hacer Rey de los Judios, usurpándose ó atribuyéndose este nombre. Mira, alma, cuán lejos estaba de buscar ni apetecer el reinar en la tierra, quien era supremo Rey del cielo, cuyo reino no tiene fin. Ni lo tendrá el nuestro, si solo aspiramos al reino que es eterno y verdadero, y al que somos herederos mediante los méritos infinito de este

Señor y Redentor nuestro. Pero fija tu consideracion en lo que para tu enseñanza hizo el Señor en este tribunal, donde tan falsamente lo acusaron sus enemigos. Mira las lecciones que te da de humildad, sufrimiento, paciencia, mansedumbre y silencio.

Oia las mentiras y falsas calumnias que contra su inocentísima humanidad é inculpable vida levantó la envidia de los Judíos, y aunque despues responde este Señor á las preguntas que le hizo Pilatos, entrando en la sala del tribunal, donde á solas examina á tu Redentor; mas en ninguna de las respuestas que dió á Pilatos, pretendia Cristo defenderse, ni librarse del padecer, solo manifestó su inocencia, y que la envidia y odio de sus enemigos era quien le llevaba, y presentaba en el tribunal en tan lamen-

table forma, como si fuera el mas vil hombre del mundo. Esta verdad é inocencia del Señor la conoció Pilatos, aunque no se aprovechó de esta luz y conocimiento de la verdad, antes fué para su mayor daño, porque no cooperó á los auxilios de la gracia: porque la cobardía de su corazon le hizo temer perder los bienes temporales mas que los verdaderos y eternos. Y por no caer eu desgracia con los Judíos, remitió á Cristo nuestro bien al Rey Herodes para que entendiera en la causa del Señor, en quien él no hallaba alguna, por la cual fuese juzgado. ¡Ay, dulce Jesus mio, y dulce vida de mi alma! Cuánta es, amado mio, la cobardía de nuestro corazon, para padecer por vos, y perder los bienes aparentes de este mundo: y cuán poco tememos la privacion de la gracia de Dios y de los bie-

nes que nos hacen felices por una eternidad. ¡Ay! qué desdicha tan lamentable y digna de ser llorada con lágrimas de sangre!

Considera, alma, la hipocresía y fingida alegría que manifestó Herodes con la vista de Jesu-cristo, el que para satisfacer su vana curiosidad, y no para el fin que debia, quiso que este Señor obrara maravillas en su presencia ofreciéndole por premio la libertad de la muerte á quien tenia en su mano la de este ignorante. Pero como el Señor no acudió á dar gusto á este soberbio, ni quiso que él oyese la voz que habia de despreciar, llenóse de la soberbia que lo caracterizaba, y despreciando al Señor lo tubo por falta de juicio, y por tal quiso que fuese tenido de todos; y para que asi lo conocieran, le mandó vestir de la insignia que

le ponian á los que así habian de ser conocidos; que era una ropa blanca, grosera y despreciable; y así salió á la presencia de todo el pueblo el amado de tu alma; y mira cómo todos lo desprecian, reputándolo por loco, moñándose de su Magestad, como suelen hacer con los que carecen de juicio y con mucha mas malicia de sus enemigos; que jamas se saciaban aquellas fieras inhumanas de despreciar, maltratar, atormentar y escarnecer al Señor, sin que fuese bastante para aplacar sus iras contra el inocentísimo Cordero ni la mansedumbre con que toleraba estos desprecios, ni la paciencia inalterable en los tormentos, ni el silencio en las acusaciones que hacian contra este Divino Señor: nada los ablandaba porque nada ablanda los corazones que por la culpa perdieron la compasion,

y atraen á sí la obstinacion, dureza, insensibilidad é impenitencia. ¡Ay Dios de mi alma! ¡Y cómo temo, bien mio, esta desgracia y desdicha, únicamente temible!

Castigame, Señor mio, con cuantos trabajos quisiéreis, y no me prives de tu gracia: ó diré mejor; ténme Señor de tu mano, para que yo por la mia no me quite la prenda que mas aprecio, y la joya que mas ama mi corazón. Disimulad, amado mio, mis innumerables faltas, y no esperimiente yo esta desventurada suerte. Ello es verdad que lo tengo bien merecido, pues mi ingratitude, malicia y pecados, y no los Judíos, fueron la causa de vuestros tormentos, desprecios, aflicciones, y trabajos. Pues aunque ellos fueron instrumentos dispuestos para ejecutar en vuestra Divina Persona tan ini-

imaginables crueldades; pero yo, amado mio, yo fuí la causa de vuestros tormentos, y de los dolores, que estos causaron en el corazon de vuestra affigida y dolorida Madre. ¡Ay, Jesus amado, Esposo de mi alma; y con cuánta pena de mi corazon conozco esta verdad! ¡Ay, amada Madre de mi corazon; y cómo siento, Señora, haber sido la causa de vuestros acerbísimos dolores! Vos ~~it~~ sabeis, Madre de mi alma, cuanto es mi dolor: y tambien sabeis cuanto quisiera hacer para deshacer, si fuera posible, los pecados con que lastimé y atormenté á mi amado Jesus, vuestro querido Hijo, y con los que herí vuestro ternísimo y purísimo corazon! ¿Qué haré, Madre mia? ¿Pero qué he de hacer? Postrarme á vuestros santísimos pies, é implorar vuestro maternal amparo, para

que me perdoneis por vuestro amor, que siempre espero será de Madre toda piedad y misericordia, aun con quien tan poco la merece, como yo: y que ofreciendo á vuestro amado Hijo lo mucho que por mí padeció, junto con vuestros dolores en satisfaccion de mis muchas y graves culpas, se digne por su bondad y vuestra intercession, concederme el perdon que con tantas ánsias le suplico, y juntamente la gracia para aprovecharme de su sagrada pasion y preciosísima sangre. Que tome el egeemplo que me dejó, y egercite las virtudes que me enseñó en toda su santísima vida; y particularmente en su dolorosa Pasion. Y las que vos, amada Madre mia, me enseñásteis acompañando á vuestro querido Hijo, para que así pueda parecer Esposa verdadera de mi crucificado Esposo, é hija y

discípula aprovechada de vos, mi amada Madre y Maestra mia, por vuestra dignacion y amor.

MEDITACION IV.

Considera, alma, cómo después que Herodes y toda aquella chusma de ministros y soldados despreciaron, y publicaron por loco á Cristo nuestro Redentor no contentos con estos desprecios, lo vuelven á llevar á Pilatos. Mira, alma, y compadécete de los que padeció el Señor en este camino. Pues con la insignia de que le habian vestido era notado de todos por loco, simple y despreciable: Se burlaban de su Magestad. Y como poco antes lo habian oido predicar en el Templo; y ahora le veian en tan despreciable estado, tomaban ocasion, no para juzgar

que la envidia y malicia de los Judios era quien le habia puesto en tan lastimable y despreciable situacion, sino que le decian: *en esto han venido á parar tus embustes y falsa doctrina*: Otros decian: „¿Era este el que hacia tantos milagros, para que asi lo tubieran por gran Profeta, y el Mesías prometido? ¿Cómo no le valen ahora sus milagros para librarse de las manos de los que asi castigan sus delitos? ¿Con que todo ha sido engaño; y falsa la doctrina que nos enseñaba? Bien empleado le está: y asi servirá de escarmiento su castigo.”

Con estas y otras mas insultantes palabras y dictámenes juzgaban y hablaban los que miraban á tu amante Salvador. Todos lo despreciaban y burlaban, y no cupo la piedad y compasion en ningunos de

aquellos desapiadados corazones. ¡Cómo se cumplió aquí lo que dijo este Señor: *Ego autem sum vermis, et non homo: opprobrium hominum, et abjectio plebis. Omnes videntes me, deriserunt me: locuti sunt labiis, et moverunt caput.* ¡Ay! amado Redentor de mi alma, y de cuánta confusion sirve vuestro egemplo á mi orgullo y soberbia: siempre inclinada á las alabanzas, aplausos, honras, y estimaciones vanas y perecederas; olvidándome de las lecciones que con vuestras obras me dais. Con vuestros egemplo me obligais, y con vuestra doctrina me instruis, y enseñais el camino, andándolo primero para allanármelo á mí. ¡Qué disculpa daré si no os acompaño en este camino; si no tomo vuestra doctrina, y si no sigo vuestro egemplo? ¡Ay, Señor y Pa-

dre mio! Tiemblo, amado de mi alma, al acordarme del cargo tan terrible que me habeis de hacer por lo mal que te he servido, lo mucho que te he ofendido y lo poco que te he amado. No sé qué hiciera, vida mia, para deshacer las ofensas que te he hecho. Dame, dulce bien mio, el verdadero dolor que baste á partir mi corazon, y á mis ojos lágrimas con que lave mis iniquidades y manchas. Sigue, ó alma, á tu amado Redentor, y entra segunda vez en casa de Pilatos, donde le presentan con la vestidura blanca que le mandó poner Herodes. Y viendo que no habia hallado este causa en Cristo para sentenciarlo á muerte, como lo pedian los judios, para aplacar la furia de estos, injustamente sentenció á tu amado Redentor al mas bajo y doloroso castigo. Mandó este inicuo

juez, que por mano de seis crueles verdugos fuera azotado el Autor de la vida: y al punto aquellas sangrientas fieras llevaron al Señor de los Angeles, como si fuera el hombre mas facineroso, al lugar destinado para este horrendo y cruel martirio, donde mandaron á su Magestad se quitase las vestiduras; y pareciéndoles se detenía el Señor en desnudárselas, echando mano se las desnudaron con indecible crueldad; como quien tan deseosos estaban de saciar la sed que tenían de acabar con quien pudiendo acabar con ellos, como tan bien lo merecian, los sufría paciente, y se entregaba gustoso á los tormentos, y á la misma muerte para darles á todos vida.

Considera como atando al Señor á una columna fuertemente, empiezan á descargar fieros golpes en aquella santi-

simia humanidad, hasta dejarla entumecida y desfigurada con los grandes verdugones y cardenales, que rompieron los sayones que entraron de nuevo para emplear nuevas fuerzas en aquel lastimosísimo cuerpo, bañándolo con su preciosísima sangre, y regando la tierra con este inestimable tesoro. Dejádme, Señor, y permitidme me llegue á vuestros santísimos pies, me abrace con ellos, los bese, y riegue la tierra con lágrimas de sangre, que deseo viertan mis ojos; efecto del dolor de que está poseido mi corazón al veros tan lastimado, amado Esposo de mi alma, lumbre de mis ojos, única vida de mi alma, verdadero recreo de mi corazón, objeto solo de mi amor, centro de mis deseos, motivo de mis continuos suspiros, y mi solo y único descanso, satisfacción, consuelo y gloria verda-

dera. Mi corazón desfallece, ó amado mio, viéndoos tan maltratado. Pero ¡ay Dios mío! ¡que aun no es acabado este tormento! Mira, alma, si tienes corazón para sufrir esta pena. Y atiende que de nuevo entran otros dos sayones á descargar fieros golpes en aquel doloroso objeto de tu amor; y que solo descargan sus rabiosos golpes en aquellas vivas llagas dejando desnudos aquellos divinos huesos; porque arrancándole sus santísimas carnes, las dejaban caer en el suelo á pedazos. ¡Ay, amado Redentor mio! no sé como no muero de dolor en vuestra presencia: pues por mi causa os veo para dar vuestra estimable vida. Y solo la conservais para mas padecer; pues bastaba para que hubiérais espirado el menor de los terribles tormentos que por mí

habeis querido tolerar.

¡En qué obligacion tan estrecha me pone el exceso de vuestro amor! Permitidme, amado de mi alma, tome venganza de mí, castigando mi cuerpo con rigor para dar desahogo á mi corazon; ansioso de imitaros. ¿Cómo es posible viva en descanso, viendos á vos hecho por mí un abismo de penas, varon de dolores y lleno de llagas de pies á cabeza, como leproso? Solo en el padecer tendré descanso, en las aflicciones mi consuelo, y viviré, si muero por vos.

Pondera, alma, tiernamente cómo quedaria tu lastimado Jesus, cuando habiendo acabado el doloroso martirio de los azotes, cortaron los sayones los cordeles con que le habian atado á la columna. Aquí cayó desmayado este Señor,

siendo la fortaleza del Padre. A tanto le obligó el amor. ¡Ay, Jesus amorosísimo de mi alma! ¡Vos desmayado y caído en tierra! No lo permitiré, amado mio. Aquí teneis mis brazos, aunque indignos de tal dicha, é incapaces de que en ellos descanséis. Y aunque parece atrevimiento juzgarme tan dichosa, disimule esta falta el amor que me obliga á desear esta dicha de que en mi descanséis. Recibid, amado mio, mis deseos, y venid á mis brazos, en donde os quiero estrechar: aquí, amado Jesus mio, quiero dar la vida, muriendo en amor vuestro. Los espíritus del amor son los que os confortan, y os dan la vida que os quita la ingratitude. Aquí teneis, dulce vida mia, el espíritu de mi amor, y el amor de mi espíritu, para que os conforte, y

os vea yo resibís algun alivio en mis brazos, dulce amor mio, y ^{único} anhelo de mi corazon, motivo de mi fé, firmeza de mi esperanza, fomento de mi amor, y amor de mi corazon. ¡Quién pudiera aliviarte, amado mio! ¡Qué haré para lograrlo? Ya lo sé: imitaros. Ayúdame con tu gracia para hacerlo con perfeccion. Y pues mi perfeccion nunca puede ser tan perfecta que se asemeje á la vuestra, os ofrezco el amor, obras y perfecciones de vuestra Madre, y mi Señora la Santísima Virgen María. Y vos, amada Madre mia, satisfaced por esta hija vuestra, aunque desmerecedora de ser oida de vos: pero os pido lo hagais por los acerbísimos dolores, angustias, amarguras y penas que padecisteis en la dolorosa pasion de vuestro Santísimo Hijo; espe-

cialmente lo que padeció con el cruel tormento de los azotes, que tanto traspasaron vuestro ternísimo corazón. Pídeos, amada Madre de mi alma, me alcanceis la gracia efficacísima y abundante que necesito, para no perder jamas de vista este doloroso objeto, y que tenga siempre fijo en mi memoria lo que padeció por mí vuestro Santísimo Hijo; y que esta memoria despierte en mi corazón un verdadero dolor por haber sido la causa; una ternísima compasión, un entrañable agradecimiento, una fina correspondencia, y perfecta imitación de sus virtudes, y las vuestras, para que así se cumplan en mí sus deseos de verme hecha verdadera y perfecta imagen suya; y los vuestros de que sea aprovechada hija y discipula vuestra; que os habeis querido, movi-

da de vuestro maternal amor, constituir particularisimamente por Madre y Maestra mia. Haced, Señor, de que sepa aprovecharme de vuestro amor; tomar vuestra doctrina, y seguir vuestro ejemplo.

MEDITACION V.

Considera, alma, como acabado el inaudito tormento y cruel martirio de los azotes intentaron los Judios otro nuevo y doloroso tormento con que afligir á tu amante Redentor, que fué el de la corona de espinas. Pues aun no se saciaban aquellos tiranos y mas que rebeldes corazones de atormentar y afligir aquella inocentísima y santísima humanidad de Cristo nuestro bien, antes en lugar de compadecerse, viéndole tan lastimado, llagado, desangrado, y hecho un abis-

mo de dolores, crecia en aquellos desapiadados corazones el furor y rabia, viendo la invicta paciencia é igualdad de ánimo, serenidad de rostro é inalterable mansedumbre con que el Señor toleraba los tormentos que le daban, y las blasfemias que le decian, empeñados en vencer su paciencia, y rendir su fortaleza: pero en vano era su solicitud. Pues no podian vencer al que es invencible, ni rendir al que es la misma fortaleza. Y asi solo pudieron conseguir su confusion á vista de tan inimaginable sufrimiento é inagotable paciencia. ¡Ay, amado Redentor de mi alma, y de cuánta confusion sirve á mi soberbia vuestro egemplo, y de cuánto dolor á mi corazon lo poco que de él me he aprovechado! ¡Ay, Señor, y qué cargo tan terrible me hareis en vuestro rectisimo tri-

bunal! Tiemblo al considerarlo. Solo en vuestra misericordia espero.

Pondera, alma, si es que tiene lugar la ponderacion, donde solo cabe la compasion, dolor, lágrimas y sentimiento, para lastimarte de lo que por ti padece tu inocentísimo Salvador. Mira, como aquellos crueles ministros pidieron licencia á Pilatos para hacer escarnio de Jesus, y para esto vestirle de púrpura irrisoria, y coronarlo de espinas, y fingirle adoracion. Para dar á entender le tenian por Rey fingido, y Profeta falso: y la cobardia del presidente, consintió tambien en esta maldad, pudiendo mas en aquel ruin corazon el interes y terrenas conveniencias, que la justicia y la verdad.

Mira, cómo habiendo conseguido los Judios su injusta

pretension, ejecutaron la maldad, que solo pudo inventar la malicia de tan desapiadados corazones como los suyos. Y habiéndole vestido al Señor la vestidura real con indecible ignominia, le fijaron en su sacrosanta cabeza y delicadisimas sienes la corona que tegieron, con indecible malicia, de unas duras y largas espinas, que apretándola con inhumana crueldad, traspasaron sus puntas aquella divina cabeza, cerebro y sienes. ¡Ay, Dios y Señor mio, y cómo traspasa á mi corazon el dolor de haber tegido esa cruel corona mis maldades y pecados! Atiende, alma, y mira cómo por mayor desprecio pusieron al Señor en su divina mano una caña en lugar de cetro real, é incándose de rodillas le fingian adoracion, escupian su divino rostro, y dándole bofetadas le de-

cian: *Dios te salve, Rey de los Judios.* Y dando risadas se burlaban (*de quién?*) del que es verdadero hijo del Eterno Padre; Dios verdadero de Dios verdadero; el que es justo y santo por esencia; el que es todo poderoso, sabio, omnipotente é invencible; la fortaleza del Padre, y resplandor de su gloria. Este es el que es tratado con tanto desprecio, y afrontado con tanta ignominia de los hombres mas viles y despreciables del pueblo: este es el que está tan manso y sujeto á la voluntad de aquellos indignos ministros, como si no tubiera potencia para resistirles, poder para defenderse de ellos, y virtud para oprimirlos.

Pero ¿cómo habia de usar de su virtud para librarse de padecer el que por su voluntad, y en fuerza de su amor,

se obligó á padecer semejantes tormentos y desprecios? ¿Cómo habia de castigar el que solo habia de amar? ¿Cómo habia de escusar la ignominia el que tanto habia ansiado por aquella hora? ¿Cómo despreciar la humillacion, el que por medio de ella venia á destruir la soberbia? Solo sabe ser manso, tolerando las ignominias; solo sabe ser paciente, sufriendo los tormentos; y solo sabe compadecerse de los que tan cruel y maliciosamente lo martirizan y desprecian.

¡O exceso de amor! ¡O eficacia del amor! ¡O potencia del amor! ¡O fortaleza del amor! ¡O amor invencible del que es verdadero Dios del amor! ¡O amor de mi Dios, y Dios de mi amor! ¡Quién tubiera, amado mio, para con vos un amor tan intenso, e-

ficaz, poderoso, verdadero, inestinguible é insaciable como lo fué el vuestro para mi! ¡Quién pudiera, amor dulcísimo de mi alma, reconpensar con infinito amor, adoración y alabanza las injurias, blasfemias, desprecios y tormentos que recibisteis de vuestros enemigos. ¡Quién pudiera recompensar las que cada día recibis de las criaturas! ¡Quién pudiera deshacer, ó en algun modo resarcir las ofensas que te he hecho, y cada día te hago! ¡Ay, Jesus mio! ¡Y cómo lastima mi corazon esta mi ingratitud! porque sé que os lastima mucho á vos, amado de mi alma! ¡Ojalá mereciera morir de este dolor!

Considera, alma, como aun no quedando satisfecha la envidia de los Judios con tantos y tan crueles tormentos como habian dado á Jesus,

deseosos siempre de acabar con su vida pidieron á Pilatos dierra sentencia de muerte contra el Autor de la vida; y el siempre cobarde Juez, para aplacar la furia de los Judios, á quien deseaba complacer, tomando al Señor por la mano lo asomó á un balcón de su palacio, y les dijo en alta voz: *Ecce homo.* Y al punto clamaron sacrilegas lenguas: *Tolle, tolle. Quítalo de nuestra vista: que no le podemos ver. Acaba de dar contra él la sentencia de muerte, y crucificalo. Crucifige, crucifige eum.*

¡O crueldad nunca vista!
 ¡O maldad execrable! ¡O envidia la mas implacable!
 ¡O corazones mas crueles que de fieras!
 ¿Contra quién clamais, tiranos, con esas desconcertadas voces?
 ¿Qué es lo que pedis, hombres ciegos y desatinados?
 ¿Clamais contra el

inocente, y quereis caiga sobre vosotros su sangre? ¿Pediis muera el que os da vida, y no os acordais lo que de su liberal mano habeis recibido? Mirad bien á su lastimada figura, y compadeceos de su afliccion. *Ecce homo.* Miradlo como lo habeis puesto con vuestra envidia. *Ecce homo.* Miradlo, que ya no tiene forma de hombre: ya ha perdido su hermosura, y solo está hecho un abismo de dolores, y llagado como leproso; y estremadamente afeado el que era mas hermoso que todos los hijos de los hombres. *Ecce homo.* ¿No os aplacais? ¿No os conmoveis? *Tolle. tolle: crucifige, crucifige eum.* ¡Ay, alma mia! no hay quien se compadezca de Jesus. ¡Ay amado Redentor de mi alma! Confieso, amado mio, que yo he sido la causa de esos tormentos y aflic-

ciones que padeceis. Pero si con mis culpas hice tal desatino, con el amor quiero recompensarlo. Mi corazón, amado mio, está pasado de dolor, porque he sido la causa de que no haya quien se compadezca de vuestra aflicción. Mis pecados fueron los que clamaron tan atrevidamente *crucifige, crucifige.* ¡Ay, Dios mio! Tiemblo, Señor, y me estremezo con esta consideración. ¿Que os haya yo de tal manera ofendido? ¿Que os he tratado con tanta crueldad? ¡Ay, vida de mi alma! Ya no será así, amado Esposo mio. Ayúdame, pues ahora solo quiero emplearme en amarte, y amarte verdaderamente. En servirte fidelísimamente, y en recompensar lo que por mí padeciste; y así, dulce vida mia, si vuestros enemigos os adoran falsamente, y os tuvieron por Rey

fingido y Profeta falso, yo os confieso con toda la verdad de mi corazon por mi verdadero Dios, en quien creo: por mi amoroso Padre, á quien amo: mi Redentor, en quien espero: mi dulce Esposo, á quien solo amaré: mi Señor, á quien únicamente serviré: mi Bienhechor, á quien siempre viviré agradecida, y mi solo y único bien, descanso, reposo y centro de mi alma, en quien siempre viviré, y vos en mí. Y si no habia, Redentor mio, quien se compadeciese de vos estando tan lastimado, yo quiero, Señor, compadecerme de vos; y para hacerlo quiero y propongo con vuestra gracia tener siempre presente y fija en mi memoria, y grabada en mi corazon vuestra dolorosa y lastimosa imagen, cuando vestido de púrpura, coronado de espinas, y la caña por cetro real

en vuestra divina mano fuiste mostrado al pueblo judáico. Y esta memoria escite en mi alma la verdadera compasion de vuestros tormentos y desprecios; el dolor de haber sido la causa de ellos, y el agradecimiento grande á vuestro amor, que fue el que os obligó á padecer por mí tan indecibles penas y trabajos. Muévame á la recompensa y á la verdadera imitacion de vuestras virtudes practicadas para mi enseñanza.

Ea, alma mia, este es el espejo en que te has de mirar continuamente: este es el egemplar que ha de animar todas tus obras: este es el modelo que has de seguir: este es el camino que has de andar, la imagen que has de copiar, y norma y direccion de todas tus operaciones y respiraciones. Miralo y remiraló para que con toda perfeccion copies su imagen. Mira

en medio de tan indecibles tormentos, persecuciones y aflicciones, la serenidad que conserva en su divino rostro. Sus ojos fijos en el suelo con humildad profundísima; su paciencia inalterable sufriendo á sus enemigos, sin voces ni movimiento en sus labios para la queja, ni para la defensa de su inocencia: rendida su voluntad á la de aquellos malvados ministros por cumplir la de su Eterno Padre, y satisfacer por nosotros. ¡O terribilidad del pecado! ¡Y cómo has empleado tu rigor en el manso é inocente! ¡Cuánto te debo aborrecer! ¡Cuánto te debo huir! ¡Cómo te debo excusar! Con tanto empeño debo evitar aun la mas leve falta, que esté pronta á dar la vida, y mil vidas que tuviera antes que cometerlo.

¡Ay amado Redentor mio, y cuánto siento los muchos y gra-

ves pecados que he cometido contra tu suprema Magestad! ¿Qué haré, vida de mi alma, para desagraviarte? Solo puedo arrepentirme de mis maldades, y pedirte de corazon me perdones. Teued, Señor, misericordia de mí, por esa misma misericordia y amor que os obligó á padecer por mí tan dolorosa pasion y afrentosa muerte, para que no padeciera yo los terribles tormentos del infierno, ni me comprendiera la senteneia de la eterna muerte.

¡Cuánto debes á este Señor, que te libró de tantos y tan terribles males, y te ganó tan incomprehensibles y eternos bienes! Mira, alma mia, qué grande es tu deuda, y qué cortas tus facultades para satisfacerlas! Pero no te acobarde tu pobreza; pues eres heredera de los méritos de Jesus; y en ellos tienes un tesoro

ro inagotable: y no olvides los dolores de su afligidísima Madre, para que uniendo estos con los méritos infinitos de su Santísimo Hijo, los presente esta Divina Señora al Eterno Padre por tí, y en satisfaccion de tus pecados, y en completísima paga de todas tus deudas. Y no dudes lo hará esta Señora, pues es Madre de pecadores, y su abogada y medianera con el Señor: el consuelo de los afligidos; el remedio de los necesitados; la salud del enfermo; la alegría del triste, y todo nuestro remedio; y en fin, Madre de misericordia, en quien siempre la hallaremos, si deveras la buscamos, y con toda la de nuestro corazon la imploramos. ¿Qué mas puedes desear, alma mia, si tienes en Jesus un Redentor tan amoroso, y en María una Madre tan tier-

na? Nada, nada te falta de parte de Dios: solo resta que tu sepas corresponder á tanto amor; que te aproveches de tantos beneficios; que no males tales y tan grandes méritos; que hagas en ti fructuosa tan copiosa redencion: y para hacerla asi, ¿qué de verás practicar? El mismo Señor te lo enseña: por amor fuiste redimida; pues el amor fué el que obligó á este Señor á padecer tanto para tu remedio. Con amor debes corresponder; pues *amor con amor se paga*. Y advierte que sin esta virtud de la caridad en vano poseerás todas las demas: y aun la de la fé. Pues como dice el Apostol Santiago, es muerta la que no acompañan las buenas obras. Y esta enseñanza la tienes tambien en tu mismo amante Redentor, quien practicó toda su vida tantas y

tan admirables y perfectísimas obras, para que tú lo imitases. Sigue su egemplo, y particularísimamente imítalo en las virtudes de humildad, paciencia, sufrimiento y silencio que practicó en este paso de su sagrada pasión. Llorá amargamente lo poco ó nada que hasta aquí te has aprovechado de sus méritos, ni imitado sus virtudes. Y haz un firme propósito de que en adelante sean tales tus obras, que puedas decir llevas siempre contigo la mortificación de Jesucristo: y esta resplandezca en tí para su honra y gloria y edificación de tus prógimos.

MEDITACION VI.

Considera, alma, como viendo Pilatos que no se aplacaba la envidia de los judios, y que no cesaban de pedir muerto á

D

Jesus Nazareno , vencido de su propia cobardia pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida , á quien tenia por hombre justo é inocente. Teme , alma , incurrir en igual ceguedad , y mira no te rinda tu cobardia á cometer el pecado ; pues con cada uno que cometes , no solo das esta injusta sentencia contra tu Redentor Jesus , sino que egecutas en su Divina Persona , con mayor malicia que los judios , su dolorosa pasion. Pues como dice el Apostol : „el que peca contra Dios en cuanto es de su parte vuelve é crucificarlo.”

Considera el género de muerte á que condenaron á Jesus. Este fue el mas afrentoso , bajo y doloroso , y al que eran condenados los hombres mas sediciosos , ladrones y públicos malhechores. Fue sentenciado á morir clavado en una cruz en

medio de dos ladrones. ¡Ay, alma, si conocieras tú la dignidad, grandeza, poder y ser divino de este Señor, que oye tan injusta sentencia! ¡Si consideraras por quién se le puso en tan afrentoso estado! ¡Si reflexionaras quiénes son los que así le tratan y condenan! ¡Cómo te estremecerías al oír pronunciar esta sentencia, como se estremecieron los cielos y los Angeles al oírla! ¡Cómo te admirarías del exceso del amor que á tanto obligó á tu Redentor! ¡Cómo supieras agradecer tanto bien! ¡Cómo te empeñarías en corresponder á tan inestimables beneficios!

Pero párate: atiende á lo que hace este mansísimo y amorosísimo Redentor, cuando oye aquella tan cruel como injusta sentencia, y mira cómo conservando su natural serenidad de rostro é inalterable pacien-

cia, no pide venganza contra los que tan inhumanamente lo tratan, antes hablando con su Eterno Padre le dice: „Pronto estoy, Señor y Padre mio, á dar la vida por los que así me condenan á tan afrentosa muerte. Gustoso muero, porque ellos vivan. Con toda voluntad me entrego á los tormentos que ellos me preparan para librarlos de los terribles y eternos tormentos del infierno, si ellos se quieren librar aprovechándose de mis méritos.” Mira la enseñanza que tienes en este egemplar, y el motivo para amar á quien te amó.

Considera ahora lo mucho que padeció el Señor con la cruz acuestas desde el pretorio de Pilatos hasta el monte Calvario: No puedes comprender las afrentas, desprecios, tormentos, dolores, desmayos, penas, angustias y aflicciones que

toleró tu amante Jesus en aquel largo y penoso camino. Siguelo, y mira con atencion compasiva el dolorosísimo espectáculo que se te descubre; míralo caminar cargado con el insoportable peso de tus culpas figurado en aquel duro madero que lleva sobre su delicado hombro y sacrosanta espalda; ceñido su santísimo cuerpo con los cordeles: que solo le desataron las manos para que llevase la cruz. Los extremos de las sogas le servian á los verdugos para tirar del inocentísimo Cordero, y así atormentarlo con dañada malicia. Mira cuánta seria la afrenta con que caminaba el Señor en medio de dos filas de soldados con dos ladrones á los lados, y delante iba el pregonero publicando la sentencia mas terrible, execrable, falsa, maliciosa, odiosa, fingida y cruel que hasta entonces se ha-

bia oído, ni jamas oirán las criaturas.

¡Ay, amado de mi corazon, y cuánto atormentarian vuestros purísimos oídos los desentonados y rabiosos gritos de aquel malvado, y los de toda aquella chusma de ministros que os seguian! ¡Quién pudiera, amado mio, recompensar con un amor ardentísimo, y alabanzas y loores el odio y las blasfemias de aquellos tiranos corazones y sacrílegas lenguas. Sigue, alma, á tu amoroso Redentor, y compadécete de lo que padece en este camino, donde por el grande peso de la cruz, su mucha flaqueza, y la malicia de los enemigos que lo atropellaban, cayó tres veces en tierra, y entonces era mas atormentado de sus enemigos, que dándole empellones y puntapiés con blasfemias y desprecios, le decian que se levanta-

ra; y no pudiendo el Señor, por estar estremadamente debilitado por su mucho padecer, y la falta de la sangre, ellos obligaban á tu Redentor para que se levantara. Pero lejos de ayudarle, aumentaban sus tormentos. Mira el peso tan terrible que tiene el pecado, pues dió tantas veces en tierra con la misma fortaleza por esencia. ¡Cuánto lo debes temer!

Considera como siguiendo el Señor trabajosisimamente este camino, se encontró á su santísima Madre en la calle de la Amargura. ¡Ay, con cuánta razón se pudo llamar así, pues no puede ninguna criatura humana ni angélica comprehender el mar amargo en que se inundaron aquellos dos purísimos corazones de Hijo y Madre! En este tan dolorosísimo encuentro fue tan indecible el dolor de Maria Santísima, cuando en-

contró á su amantisimo Hijo con la cruz acuestas tan afeado, acardenalado, ensangrentado, escupido, afrentado y tratado como ladron y facineroso; blasfemado de sus enemigos; despreciado de todos, y mofado aun de los mas bajos y viles hombres de la plebe, que solamente confortándola la mano poderosa de Dios, para que padeciera, pudo soportar este dolor y acerbisima pena, y el no morir á su impulso: es totalmente imposible el esplicar ni comprehender lo agudo del dolor que pasó el amorosissimo corazon de tan ternisima Madre por los tormentos y penas de tan inocentissimo y divino Hijo.

Conocia la amorosa Madre la dignidad y ser divino de su divino Hijo. Ponderaba las ofensas que recibia; veia cuán inocentemente padecia, y la grandeza del amor que á tanto

le habia obligado. Conocia al mismo tiempo la malicia de los que atormentaban y maltrataban al amado Hijo de sus entrañas; y las culpas de estos, y las de tantas almas como habian de malograr su redencion, causaba en el corazon amorosísimo de Maria Sma. indecible pena y cruel martirio; juntándose á estos dolores otro agudísimo, que era el no poder aliviar en medio de tanto padecer á su amantísimo Hijo, siendo de mayor quebranto para su afligido corazon el quedar con vida, que el morir con su amado Hijo.

Pondera bien, alma, cuánto pasarían el corazon del Hijo los dolores que martirizaban al de su afligida Madre. Fue sin duda esta pena de las que afligieron mas á tu amante Redentor en este tan penoso y trabajoso camino, como el mismo

Señor lo manifestó á un alma, que meditando este paso, y deseosa de saber cuáles fueron las penas y dolores que afligieron y atormentaron el amoroso corazón del Señor en este camino para su mayor compasion, y aliviarlo en el modo que le fuera posible. A la cual respondió el Señor: „has de saber que el dolor que atravesó mas mi corazón, fue el que atravesó el corazón de mi amada Madre, cuando me encontró con la cruz acuestas en la calle de la Amargura, y al verla traspasada de dolor, dejó mi corazón traspasado. Y tambien penetraban de dolor á mi corazón las culpas que cometian los que me atormentaban y maltrataban; siendo para mi mas sensible la perdicion de sus almas, que todo lo que ellos me hacian padecer. Esto quiero que lo tengas siempre presente para que sea pe-

netrado tu corazon con la espada de dolor con que fue traspasado el mio.”

¡ Ay , amado Redentor de mi alma ! ¡ quién pudiera compadecerse de vuestros trabajos y de los dolores de vuestra amorosa Madre ; y fuera tan vivamente penetrada mi alma de estos dolores , que quedara mi corazon con esta amargura hecho una imagen muy viva y perfecta del vuestro ! Considera como siguiendo su camino llegó nuestro verdadero y nuevo Isaac con la leña del sacrificio sobre sus divinos hombros al monte Calvario , donde habia de ser sacrificado : egecutándose en este el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac , figura de este .

Pondera cómo se egecuta este sacrificio , y hallarás que se hace con el rigor , crueldad é inhumanidad nunca vista , ni

jamas imaginada. Mira cómo aquellos ministros de justicia quitaron al Señor la cruz de sus hombros; y desnudándole la túnica, y con ella la piel, pues estaba pegada á las heridas, quedó desnudo, y todo hecho una viva llaga. ¡Cuánta sería la vergüenza que pasaría viéndose desnudo, y á vista de todos, el que es la misma pureza, y la ama tanto. ¡Ay! lastimado y afrentado Esposo de mi alma, ¡quién pudiera remediar vuestra aflicción! En mi corazón os quiero guardar, amado mio, y en él desagraviaros.

Después que tubieron desnudo, y afrentado á este castisimo é inocentisimo Cordero le mandaron se tendiera en la cruz para formar los barrenos, que maliciosamente abrieron muy desiguales, para que fuese mas dolorosa la crucifixion; pues habiéndole clavado al Señor una

mano, y no alcanzando la otra al barreno, atando la muñeca tiraron con indecible crueldad para que así alcanzase al barreno; y lo mismo hicieron con los pies, quedando desconcertados aquellos sacrosantos huesos del amoroso pecho de tu amante Jesus; y toda su santísima humanidad destrozada. ¡Cuántos serian los dolores que sufriria al ser clavado en la cruz el mas delicado de todos los hijos de los hombres; el que fué concebido por obra del Espiritu Santo en las purisimas entrañas de Maria Santísima, á quien tan tiernamente amaba, y trataba esta divina Señora. ¡Ay, amado dulcísimo de mi alma! los clavos que rompieron vuestras divinas manos y santísimos pies han atravesado mi corazon, Vuestros dolores me martirizan: vuestras penas me afligen; y todos vuestros tormentos tienen traspasa-

da mi alma. Pero aun otro dolor siento en mi corazon, que tambien me martiriza muy sensiblemente, y es que no muero con vos á impulso de lo mucho que por mi padeceis. Quiero, ó amado de mi corazon, morir al impulso del dolor de haberte ofendido; del dolor que me causan vuestros dolores: quiero morir de amor; pues, amor mio, vais á dar vuestra inestimable vida. Ya no quiero vivir, amado mio; y si no me quereis dar el gusto de que muera con vos, dádme lo de que viva crucificada como vos.

Considera los dolores que de nuevo martirizaron el lastimado corazon de Maria Santisima en el monte Calvario. Vió que desnudaron á su castisimo y purisimo Hijo; y no podia remediar esta necesidad, como lo deseaba su afecto: vió que con maliciosa y dañada intencion hicie-

ron aquellos crueles ministros muy desiguales los barrenos de la cruz para tener ocasion de atormentar y destrozar amargamente aquella santísima humanidad del amado Hijo de sus entrañas; y vió por último que le mandaron los verdugos se tienda en la cruz el mansísimo Cordero, donde con unos gruesos y largos clavos rompieron aquellas divinas manos, instrumento de tantas maravillas, y aquellos santísimos pies, que tan aceleradamente habian caminado en busca de pecadores para perdonarlos; de los enfermos para sanarlos; de los leprosos para curarlos; de los que caminaban por los caminos de la perdicion para conducirlos á la salvacion; de los muertos por la culpa para darles la vida de la vida de gracia.

¡Cómo traspasaria de dolor el amoroso corazon de la afli-

gida Madre la ingratitud y olvido de aquellas criaturas, que habiendo sido testigos de tales maravillas, se mostraban tan desconocidos y crueles. ¡Ay, amada Madre de mi alma, y cómo os lastimarán las ingraticudes con que yo he correspondido á lo mucho que he recibido de la liberal mano de vuestro querido Hijo y Redentor mio Jesucristo y de la vuestra! ¿Quién mas ingrato que yo? ¿Quién mas desconocido que yo? ¿Quién le atormentó mas inhumanamente á vuestro querido Hijo que yo? ¿Quién le martirizó mas cruelmente que yo? ¡Ay, afligida Madre mia! ¡Con cuánto dolor de mi corazón conozco esta verdad, y con cuántas veras deseo resarcir estas ofensas, aunque para ello derrame toda la sangre de mis venas, y de mi propia vida! Bien manifiestos son á vos,

Madre mia, los deseos de mi corazon de imitar perfectamente á vuestro querido Hijo, y seguir puntual el camino que me enseñó, y juntamente practicar las virtudes que acompañando á vuestro Hijo exercitásteis vos. Mucha es mi flaqueza; pero á vos, Madre mia, recurro por la gracia que para ello necesito. Alcanzádmela, Señora mia, de mi Dios, para que, si hasta aqui solo me he empleado en ofenderle, en adelante no tenga otra ocupacion que amarle, servirle, y en todo agradarle. Y vos, como Madre, enseñadme, para que lo haga como debo, y el Señor me lo pide.

MEDITACION VII.

Considera, alma, cómo teniendo los judios ya crucificado á tu amantísimo Redentor,

levantaron la cruz en el aire con aquel verdadero *Agnus Dei* que quita los pecados del mundo, y con grande griteria y confusa algazara dejan caer de golpe el sacrosanto madero en el agujero de una peña, y con este golpe se estremeció el atormentado cuerpo de Jesus, y quedaron todas las heridas patentes, abiertas, y corriendo por ellas arroyos de sangre. Llegá, alma mia, á lavar todas tus manchas en estas divinas fuentes. Considera cómo quedaria tu lastimado Redentor, colgado de aquel tosco madero, donde no podia recibir el mas mínimo alivio, y sí nuevos tormentos. Pues con el peso de su divino cuerpo se desgarraban las llagas de sus santísimas manos y sacrosantos pies: su delicadísima espalda hecha una viva llaga, y por estar arrimada al tosco madero era dolorosa-

mente atormentada: su divina cabeza nuevamente padecía indecibles dolores con la corona de espinas; porque habiéndose la arrancado cuando le desnudaron la túnica para crucificarle, despues se la volvieron á fijar con mayor crueldad, y ocasionándole mas sensibles dolores, habia causado sobreheridas.

Su dulcísimo pecho lastimado, y desconcertados todos sus huesos: todo, todo aquel perfectísimo cuerpo estaba transformado en una viva llaga, en un abismo de dolores, y hecho un leproso de pies á cabeza. Mira ahora, alma mia, á su hermosísimo rostro: atiende á aquellos ojos, que con una mirada recreaban y daban vida á tu espíritu, ¡qué eclipsados, tristes, y casi ciegos con las lágrimas y la sangre! Su nariz afilada; marchitas las mejillas,

cárdenas; obscurecidas y afeadas con el polvo y las salivas; aheleada su boca; seca la lengua; su cabeza inclinada, y ya para espirar. ¡Qué objeto tan doloroso se presenta á tu vista! Alma mia, si no te compadeces y llenas de amargura al ver á tu Redentor en el golfo de tantos tormentos, dolores, aflicciones, congojas y angustias, cree que no lo amas. Dios mio, Redentor amorosísimo, amado Salvador mio, Esposo regalado de mi alma, ¡Vos en tantos tormentos, y yo buscaré descanso! ¡Vos tan afrentado, y yo he de apetecer honras! ¡Vos hecho un varon de dolores, y querré yo tener alivios! ¡Vos cercado de tan indecibles penas y congojas, y ansiaré yo por consuelos! Oid, Esposo mio, los deseos de mi corazon, que aunque no pueden ser ocultos á vos, quiero, como si lo fueran,

manifestarlos con las palabras. Deseo, amado mio, que en lo que me queda de vida no pase hora alguna en que no padezca, para asi imitaros, corresponder en algun modo á lo mucho que os debo, y daros alguna muestra de mi amor. Mi descanso lo quiero tener en el padecer: mi gozo en el penar: mi honra en el desprecio; y todo mi anhelo en seguiros.

Considera, alma, que no solo padecia el Señor los dolores y tormentos en su santisimo cuerpo, sino aun eran mayores las congojas de su espiritu. Estas las causaban lo poco que nos habiamos de aprovechar de los indecibles tormentos que padecia, y de su preciosisima sangre, que derramándola con tanto amor por nosotros, ingratos y desagradecidos, habiamos de malograr, y los infinitos bienes que por ella nos

habian de venir; cuales son los gozos interminables de la gloria, por los terrenos y sensuales que nos alcanzan y adquieren los tormentos eternos. Esto pasaba de dolor al mas que amoroso corazon de nuestro Redentor Jesus. Lo afligia la tibieza, desmayos y caidas de sus escogidos y amigos: la division, fuga y cobardia de sus queridos Apóstoles: la presencia de su afligida y querida Madre: la persecucion de su iglesia y seguidores: la obstinacion de sus enemigos; y en medio de todo esto su Padre que lo desampara, y no halla este angustiado Jesus el mas minimo consuelo, alivio ni descauso exterior ni interiormente. Alma mia, ¿dónde está tu amor para con el que por tu amor sufre lo que es insufrible? Si no mueres de pena y dolor, no lo amas: y si lo amas, has de morir; si no en el

efecto, en el afecto. Muere á tí misma, que aun es mas sensible este género de muerte. Afligete con tu afligido Esposo, y aprende del sentimiento que en su muerte hacen las criaturas insensibles. El sol se oscurece, y deja al mundo en tinieblas: ensangriéntase la luna: caen las estrellas: la tierra se estremece: las piedras, dándose unas con otras, se desbaratan: los templos se arruinan: los sepulcros se abren, y arrojan los envejecidos calláveres que en si encerraban; y todas las criaturas esperan la muerte de su Criador con estremadas muestras de sentimiento. Aun no muere todavía Jesus. Esperad, que aun le queda que hacer por los hombres. Quiere antes de morir darnos como Maestro las lecciones de mas alta doctrina. Acércate, alma mia, á aquella divina cátedra

de la cruz, y atiende que no solamente son las lecciones que te da tu divino Maestro de palabras, sino de obras las mas perfectas; y asi debes oir sus palabras con atencion, y seguir su egemplo con perfeccion.

La primera leccion que te da es enseñarte á perdonar á tus enemigos, y pedir á Dios los perdone. Mira como habiendo callado en toda su acerba passion, no quejándose, ni defendiéndose con sus palabras, como si fuera mudo, no pudo callar ahora, y hablando con su Eterno Padre, pide perdon para sus enemigos, diciendo: „Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.” ¡O leccion digna de tal Maestro! ¡O doctrina la mas perfecta! ¡O perfeccion de la mas sublime y verdadera caridad! *Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen.* ¡O palabras para mi en-

señanza ! Diré mejor: ¡O confusion para mi soberbia, dureza y maldad! ¿Cuándo, dime, alma mia, has dicho tú estas palabras? ¿Cuándo has practicado esta doctrina? ¿Cuándo has seguido este ejemplo? ¡Ah! y qué cargo tan terrible te hará este Maestro! Confieso, mi Jesus, que no te he imitado hasta aqui; pero tambien lo siento muy de veras, y con todas las de mi corazon propongo daros pruebas de verdadera discípula, y portarme con quien me hiciera alguna ofensa, como vos con quien tantas os ha hecho, que soy yo, y repetir vuestras palabras: *Pater, ignosce illis, quod enim faciunt, nesciunt.*

Persevera, alma mia, con atencion, al pie de la cruz, y oye las palabras que dice uno de los dos ladrones que crucificaron con tu amante Redentor. Mira cómo viendo aquel hom-

bre pecador la invicta paciencia, sufrimiento y silencio con que padeció el Señor, le conoce por justo, inocente y santo; y creyendo en él, como su Dios verdadero, le dice: "Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino." ¡O fé, grande! ¡O fé, y cómo eres poderosa para salvar al mayor pecador! Feliz quien te posee. ¡O dichoso ladrón! tu fé te salva. ¿Quién te dijo, hombre facineroso, que este Crucificado era tu salvador? ¿Quién te dijo que podía salvarte el que parecia no poder salvarse á sí mismo? ¡O, y cómo conoces tú que el no salvarse á sí es para salvarte á tí! Grande es tu felicidad, porque así lo conociste. Dichoso eres, porque atendiste á su inspiracion: y mas dichoso, porque respondiste á ella fiel y pronto, diciendo: „Acuérdate, Señor, de mí, cuando estés en tu reino;

por lo que mereciste oír de la boca del mismo Señor: "Hoy serás conmigo en el paraíso" Quedaste salvo, hombre pecador: ¡qué feliz fué para tí este momento! ¡á qué buena hora llegaste! Pediste misericordia, cuando estaba rebozando en el amoroso pecho de tu Redentor. Imploraste sus piedades, cuando sediento ansiaba por comunicarlas. Llamaste, cuando estaba con las llaves en las manos. Apenas conociste el bien, cuando lo alcanzaste. ¡O afortunado pecador! ¡O feliz penitente! tu fé quiero imitar, para lograr tu dicha. ¡O amado Redentor mio! mi alma se alienta, Señor, viendo la liberalidad con que comunicais vuestras misericordias; y animada vengo á vuestros pies á implorar tus piedades. Asi como imité á este pecador en ofenderos, quiero tambien imitarlo en el arrepentimiento, y

con él os digo: *Memento mei, Domine*, „acuérdate, Señor, de mí, pues estás en tu reino.” Tu misericordia imploro, y en ella espero. ¡Oh, y cuántos motivos tengo para esperar en ti! Tú los sabes, Señor.

¿Has visto, alma, la gran misericordia de tu Redentor? pues atiende á su ardentísimo amor para contigo, y con todos los pecadores: mira cómo para manifestar lo mucho que te ama, hablando con su afligida Madre, que estaba al pie de la cruz pasada de pena, le dice: *Mulier, ecce filius tuus*, „muger, ese es tu hijo”, diciéndolo por el amado discípulo; pero con él nos constituía por hijos á todos nosotros; y despues dice al discípulo: *Ecce Mater tua*. Mira, alma, que te dice tambien á tí tu Redentor: *Ecce Mater tua*. Alma mia, ¿has entendido esta palabra? ¿Conoces tu

dicha? ¿Sabes á la dignidad, que eres levantada? María Santísima es tu Madre: la Madre verdadera del Hijo de Dios es tambien Madre tuya, y tú has quedado por hija de esta Señora en lugar de su amado Hijo Jesus. ¡Oh, y qué conmutacion! ¡Y qué espada de dolor pasaria el corazon de la dolorosa Madre, cuando oyó esta palabra! viendo que en lugar del amado hijo de sus entrañas le quedaba tanto ingrato pecador: por un hijo tan perfecto, hijos tan incapaces: por hijo amable, hijos tan aborrecibles: por hijo tan santo, hijos tan perversos; y por el hijo de Dios los hijos de los hombres. Hasta aqui pudo llegar el amor de Jesus para con los pecadores.

Mira, alma, como para que no quedara pena que no pasara por tí, quiso privarse hasta del consuelo de nombrar por Ma-

dre á la que lo era, y Madre tan amable; y la nombró *muger*, para gustar esta pena, y que la gustara esta Divina Señora, á quien solo la nombra y constituye Madre tuya. ¿María Santísima es mi Madre? ¡Ay, Señora mia, y qué mal que dice Madre tan pura, humilde y perfecta, con hija tan impura, soberbia é imperfecta! Madre tan santa, con hija tan pecadora y perversa. Pero ¡ay, amada Madre mia, que aunque soy la que soy tan aborrecible por mis pecados é ingratitudes, veo que no me negais vuestro maternal amor, y que me recibís por hija vuestra! ¡Ay, Madre mia! no es menos el amor que me manifestais en admitirme, que el amor de mi amantísimo Redentor en constituirme por hija vuestra, y á vos por Madre. ¡Cuánto amor exigen de mí estos amores, estas piedades, y es-

tas misericordias! ¿Con qué responderás, alma mia, á tan estrecha obligacion? ¿Sabes con qué? Portándote como hermana, é hija de tal hermano, y de tal madre; y que por tus obras seas conocida por tal delante de Dios y de las criaturas.

Considera, alma, cómo no satisfecho tu Redentor de padecer, ni de obrar favores por tu amor; despues de haberte dado á su Madre por tuya, dice: *Sitio*, „Sed tengo” Mira como al punto le aplican á su divina boca sus enemigos una porcion de vino mirrado para mayor tormento; y aunque no era sed material de la que se quejaba el Señor, no por eso dejó de gustar la amargura, aunque no bebió toda la porcion; y como esto no apagaba la sed que le atormentaba, seguia sediento: *Sitio*. „Sed tengo.” ¿Qué sed es esta que tanto os atormenta, Redentor

mio? Sed de mas padecer, y de la salvacion del mundo. ¿Qué, no estais satisfecho de penas? “Sed tengo.” ¿Pues qué, Señor, podeis padecer mas? Mirad, Jesus mio, que ya no teneis vida; pues estais para espirar: *Sitio*. Pues esperad, Señor, que aun en esos cortos momentos de agonía habeis de padecer terriblemente. ¡Ay! si yo pudiera aliviaros! *Sitio*. „Sed tengo.” ¿De qué, Señor? ¿De que todos se salven? Pues aliviaos, bien mio, que ya veis el efecto de esos trabajos en ese ladron arrepentido. „Sed tengo.” Mirad, Señor, que han de ser muchas las almas que se han de salvar, siguiendo vuestro egemplo: *Sitio*. ¡Válgame Dios, amado de mi alma! ¿Qué sed es esa que padeceis tan sin alivio? Quiero mas almas, almas. Mirad, Señor, que han de ser infinidad de almas las que os han de gozar,

y vos con ellas. Vuestros amados Apóstoles y sus sucesores os han de convertir millares de almas: *Sitio*. Aun quiero mas almas. Pues esperad, Señor, que habeis de tener innumerables almas que á impulso del amor han de morir por vos. Innumerables que han de ser martirizadas, y han de derramar su sangre por seguiros. Una multitud de confesores y egércitos de vírgenes que por vuestro amor desprecia-
rán al mundo, al demonio y á la carne, y os han de seguir fielmente hasta la muerte, y esta ha de ser de puro amor. Y si con esto aun no se alivia vuestra ardentísima sed, yo no puedo vivir sin aliviáros, y así dadme, amado Esposo de mi alma, esa sed que vos padeceis; y de tal manera me atormente, mientras me dure la vida, que no tenga jamas alivio en la ardentísima sed que quiero tener de amaros,

*E

y de que todas las criaturas os amen. Sed insaciable de padecer por vos, sed verdadera de agradaros en todas mis obras, palabras y pensamientos: en todas mis acciones y respiraciones. Sed insufrible de mi salvacion, y de las de todas las almas, y nada omita de trabajos para este fin, y jamas diga *basta*, sino siempre sedienta diga con vos: *Sitio*. "Sed tengo."

Considera, alma, como despues de haberse quejado tu amante Redentor de aquella ardentísima sed que tanto lo atormentaba, habló la quinta palabra; y esforzando su natural debilidad, dijo en alta voz, pero lamentable: *Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?* „Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?“ ¿Qué es esto, Jesus mio, qué clamor es ese que oigo de vuestra divina boca? ¿Qué queja es esa en un sufrimiento nunca visto como

es el vuestro? ¿Qué no habeis padecido , amado mio, hasta ahora otra afliccion ó congoja en vuestra dolorosa pasion, que os obligára á quejaros y manifestar vuestra pena? Pero ¡ay alma! No hubo angustia para tu amaute Redentor, aunque fueron tantas y tan grandes las que cercaban su afligido corazon, como el verse desamparado de su Eterno Padre: solo esta pena le hizo lamentarse con tan extraño clamor y desconsuelo. ¡Ay , amado de mi alma , y cómo me enseñais cuánto debo temer el verme en este desamparo! Tanto lo temo, que en su comparacion todos los demas tormentos que me pueden dar todas las criaturas y aun todos los demonios me parecen nada ; y asi os pido de todo corazon que me aflijais, atribuleis y atormenteis con cuantos tormentos , angustias y tribulaciones pueda padecer en esta vida ; y no permitais sea de-

samparada de vos. Hacedlo así, bien mio, por lo que padecisteis cuando desamparado de vuestro Eterno Padre, os quejasteis diciendo: *Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?*

Advierte, alma, como hasta que el Señor no gustó este insoportable desamparo, no dió por consumada la redencion, y así luego dijo: *Consummatum est*, „ya se acabó esto.” Como si digera, hasta aquí pudo llegar mi padecer, mas no puede pasar á mas; nada me queda que gustar de amargura: las agoté todas. Hice cuanto pude; practiqué cuanto debia; pagué la deuda del linage humano; perfeccioné esta obra; consumada está la redencion; ya se acabó: *Consummatum est*.

Alma mia, ya estás redimida: ya está pagada tu deuda: ya está todo acabado: nada queda que hacer de parte de tu Redentor; pero advierte la obliga-

cion, en que vives de poner de tu parte para no malograr tan costosa redencion. Mira que juntas con estos méritos han de ser tus obras las que te han de salvar. Estás redimida; pero no salva, si tus obras no fueren segun para salvarte debes practicarlas: vives obligada á hacer con todo empeño todo aquello que conduce á la justificacion y santificacion de tu alma, y decir ahora: ya se acabó esto. Esto es, ya se acabó el pecar: ya se acabó mi mala vida: ya se acabaron mis pasiones, ó el vivir segun ellas: ya se acabó el ofender á mi Dios, ni aun el desagradarle: ya se acabó todo; y cree, alma, que haciéndolo ahora asi, á la hora de tu muerte dirás con verdad y con dolor de tu espíritu: ya concluí la obra que el Señor me encomendó. Hice cuanto pude con su gracia para conseguir el fin para que fuí criada. Ya se acabó esto:

Consummatum est.

Considera, alma, como habiendo tu amante Redentor consumado la obra de tu redencion; y viendo que nada le quedaba que hacer, y solo faltaba espirar, dió licencia á la muerte para que pudiese egecutar su oficio en aquella santísima humanidad. Mira, alma, como se entrega de su voluntad á la muerte el que era inmortal: asi como siendo impasible quiso, y se entregó á los mas atroces y nunca vistos tormentos. ¡Cuánto te obliga este Señor á que abracés gustosa los mayores trabajos y la misma muerte! Mira como inclinando su sacrosanta cabeza, se rinde á la muerte; pero antes de espirar dice aquellas últimas palabras: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* „Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” Y dichas estas palabras espiró.

Alma mia, mira hasta adon-

de llegó el amor de Jesus para contigo. ¿Pudo hacer mas que padecer hasta dar su inestimable vida por tí? ¿Y cómo la dió? A fuerza de cruelísimos tormentos, amarguras, aflicciones, desprecios, congojas, desamparos, y escarpiado en una cruz sin experimentar el mas mínimo alivio ni en el cuerpo, ni en el espíritu; ni de las criaturas, ni aun de su mismo Eterno Padre. Y en vista de lo que por tu amor padeció tu amorosísimo Redentor, ¿habrá trabajos que no abracés por su amor? ¿penas que no toleres? ¿aflicción que no sufras? ¿adversidad que no apetezcas? ¿persecución que no desees? ¿cruz que no ames, y muerte porque no ansies con todas las veras de tu corazón? En padecer por tu amado has de tener tu verdadero consuelo, y en morir por él tu gloria. Imitalo en la vida, para que lo imites en la muerte, y

en ella digas como tu amado:
*Padre, en tus manos encomien-
do mi espíritu.*

¡Ay, alma! y cuánta es la amargura de que debe estar poseído tu corazón, así por la muerte de tu amado Esposo Jesus, como por los dolores y soledad de tu amorosa Madre Maria! Fija la consideracion en las amarguras que padecia el afligido corazón de esta Divina Señora. En este paso mira que aunque fueron acerbísimos los dolores que padeció acompañando á su Divino Hijo en su dolorosa pasion, como has conocido; mas los que padece ahora en su muerte son sin comparacion mayores. Ya estaba el corazón de Maria Santísima cuando llegó la muerte de su amado Hijo, traspasado de dolor, y convertido en un mar amarguísimo de penas: desde que le concibió en sus purísimas entrañas, sabia lo que

habia de padecer para r edimir al mundo , y no ignorando lo que habia de padecer su amado Hijo , tampoco podia dejar de ser traspasado su ternisimo corazon con la aguda espada de este dolor. Mientras vivió padeció acompañando   su santisimo Hijo en su trabajosa vida, en su acerbisima pasion , y ahora en su afrentosisima muerte.

Puede decirse que excedieron los dolores de Maria Santisima   los del mismo Señor; pues muriendo Jesucristo se acabó su padecer : mas no se acabaron los dolores de su Madre , antes parece empezar   padecer , cuando viendo morir   su Hijo , se acababa todo su consuelo , y solo hallaba lugar en su corazon la amargura y el dolor : no tenia adonde volver sus ojos , que no fuera para aumentar su pena. Si miraba la cruz , veia en ella muerto y destrozado al amado Hijo de sus

entrañas, su vida, su descanso, su gloria y su todo. ¿A donde volveria los ojos para aliviar su pena? Si miraba al cielo lo veia triste y obscurecido. Si miraba á la tierra la veia temblar, y despedazarse las piedras unas con otras. ¿A dónde ireis, afligida Señora, á buscar consuelo? ¿Ireis al templo? ¡Ay, Madre mia! se aumentará vuestra pena, pues veriais rasgado el velo, y abiertos los sepulcros, y todo, todo mostrando el natural sentimiento en la muerte de su Criador. No hay consuelo para vos, amada Madre mia: murió Jesus vuestro amantísimo Hijo; se acabó para vos la alegría, y sois convertida toda en dolores, tristeza y amargura. ¡Ay, amada Madre de mi corazon, si yo pudiera aliviaros y consolaros! Pero ¡ay, amada Señora, que lo que hasta aqui he hecho ha sido causar á vuestro corazon dolores y mas

dolores! pero tambien sabeis, Madre mia, que esta mi ingratitude causa indecible dolor en mi corazon, y que deseo muy de veras recompensarla con amor á quien tanto me amó, y con agradecimiento á quien tanto hizo para mi bien y salvacion: alcanzadme, Madre mia, de mi Señor Jesucristo la gracia que necesito para aprovecharme de sus méritos, é imitar vuestras virtudes: y vos, amada Madre mia, no me desampareis en la vida ni en la muerte, para que despues de esta os goce eternamente en la gloria.

ORACION

A JESUS CRUCIFICADO.

¡O amabilisimo, benignisimo, misericordiosisimo, dulcissimo y amorosissimo Redentor mio Crucificado, que obligado del ardentisimo amor, con que

nos mirais, quisisteis padecer tantos y tan indecibles tormentos en vuestra acerbisima pasion, y tan insoportables penas, angustias, aflicciones, desamparos y congojas en la cruz, hasta dar en ella el último aliento de vuestra santisima vida; y despues derramar la última gota de sangre que habia quedado en vuestro corazon, queriendo fuese herido con una lanza, para que tuviésemos franca entrada á ese enamorado corazon; y en él embriagarnos con las dulzuras de vuestro amor: yo os suplico, amantisimo Jesus mio, que por esta dignacion tan grande de vuestro infinito amor me perdoneis lo muchisimo que os he ofendido, lo poquisimo que os he amado, lo mal que os he servido, y la ingratitud con que os he correspondido. Tambien os pido, Redentor amorosisimo de mi alma, no se malogre en mi, ni en ninguna criatura el precio

infinito de vuestra preciosísima sangre y merecimientos. Haced, Señor, que en todos sea copiosa la redencion obrada por vos con tan ardentísima caridad y deseos de nuestra eterna salvacion. Ofreced, dulcísimo Redentor de mi alma, á vuestro Eterno Padre esos vuestros infinitos méritos, y alcanzadnos por ellos el remedio de todas nuestras necesidades: os pido por vuestra amada Esposa la Santa Iglesia, y por su Suprema Cabeza: por los demas Prelados eclesiásticos, y por todos los Sacerdotes, para que alcancen la perfeccion que pide su altísima dignidad: por las necesidades de nuestro reino: por nuestro católico Rey: por las Religiones y sus Prelados: por la conversion de todos los pecadores: por la conservacion y aumento de las almas justas: por la conversion de los judios, moros, gentiles

y hereges; y por todas las almas que viven apartadas de vos y del gremio de vuestra Religion; y finalmente, amado Redentor mio, os pido nos laveis á todos con vuestra preciosa sangre, nos adorneis con vuestros méritos, y purificados y adornados nos presenteis á vuestro Eterno Padre en el reino de la gloria, en donde para siempre gocemos de los bienes eternos que nos ganaste por medio de vuestra preciosísima sangre, dolorosa pasion y afrentosísima muerte. Amen.

ORACION

A NUESTRA DOLOROSISIMA
MADRE Y SEÑORA MARIA
SANTISIMA.

¡O dolorosísima y afligidísima Madre mia, que siendo la mas inocente, la mas pura y la mas santa de todas las criaturas,

fuiste la mas atormentada y afligida, ángustiada y dolorida, para ser asi viva imágen y perfecta imitadora del mas inocentísimo y atormentadísimo de todos los hijos de los hombres Jesucristo, vuestro querido Hijo, y nuestro amorosísimo Redentor: yo te suplico, afligidísima Señora, que por lo mucho que padeciste acompañándolo en toda su santísima vida, en su acerbísima pasion, en su afrentosísima muerte, y despues de esta por la grande pena y dolor indecible que padeció vuestro ternísimo y amante corazon, quando viste romper con una dura y cruel lanza su santísimo costado, y amorosísimo corazon, y por la invicta paciencia con que toleraste este duro martirio; por la ardentísima caridad que usaste con el mismo que martirizó vuestro lastimado corazon, haciendo á vuestro difunto Hijo, alcanzándole con vuestra pode-

rosa intercesion la vista corporal y espiritual para que viera, conociera, creyera y confesara al Señor, dando la vida por él en el martirio con que logró su eterna salvacion: que me alcanceis á mí el perdón de todos mis muchos y graves pecados, el remedio de todas mis necesidades corporales y espirituales, y que sepa aprovecharme de los innumerables beneficios que tengo recibidos de su liberal misericordia y de vuestro maternal amor; y siga fielmente el egemplo de mi divino Maestro y Redentor, llevando gustosa la cruz, que ponga sobre mis hombros, caminando por el camino de la mortificacion, hasta llegar al monte santo de la perfeccion, y finalmente al de la bienaventuranza, donde le vea claramente, y eternamente le goze por vuestra intercesion y en vuestra compañía por los siglos de los siglos. Amen.

METODO FACIL

DE VISITAR AL SANTISIMO

EN EL JUBILEO

DE LAS CUARENTA HORAS,

Y EL MODO DE HACER

LA VISITA DE SAGRARIOS

EN SEMANA SANTA

**con provecho y utilidad de los
que la practicaren con reve-
rencia y devocion.**

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo , mi amorosísimo Padre , mi amabilísimo Redentor , en quien rendidamente creo , en quien fervientemente espero , y á quien ardientemente amo mas que á mi corazon , mas que á mi vida , mas que á mi alma , y mas que á todas las cosas , por ser quien sois , suma Bondad que mereces todo el amor de todos los corazones de todos los hombres ; y pues yo no te he amado siendo ingrata , y te he ofendido siendo atrevida , te pido que me perdones por tu infinita misericordia , en la que espero , y que me comuniquéis vuestra gracia , con la que propongo la enmienda de mi vida , y primero quiero morir que volver á pecar.

ORACION

PARA PREPARARSE Y OFRE-
CERSE EN LA PRESENCIA
DEL SEÑOR.

O Dios y Señor mio, en vuestra divina presencia se presenta la mas miserable de vuestras criaturas, y por tal me reconozco, y asi no me atrevo á levantar mis ojos á vos, ni me juzgó capaz de hablar ante vuestro divino acatamiento: dadme, Señor, licencia para levantar mi voz; y pues creo no me la negareis, dirigiré á vos mis súplicas: miradme, Señor, y viendo mi necesidad os compadecereis y os movereis á remediarla: mirad mi corazon elado, y lo encendereis en el fuego del vuestro, para que asi quede purificada de la mas leve mancha con que me halle imperfecta, y quede asi capaz

de estar delante de vos, ante quien no puede parecer nada manchado. Recoged todas mis potencias y sentidos, para que nada fuera de vos pueda ocupar mi atencion: perfeccionad los deseos de mi corazon, para que estos sean solamente de aspirar al fin para que vos me criásteis, que es para amaros con todo mi corazon, alma y vida, serviros en esta fielmente, para lograr veros y alabaros en la bienaventuranza por los siglos de los siglos. Amen.

Ahora se reza la Estacion mayor, que consta de seis Padre nuestros y Ave Mariás gloriosos, aplicando el último por la intencion del sumo Pontífice que concedió las indulgencias que se dispensan por la Estacion, y despues se medita un rato en algunos de los puntos de las meditaciones que anteceden, y para concluir servirá la siguiente

ORACION.

¡O amabilísimo Jesus mio Sacramentado! que siendo Dios de infinito poder, de infinita magestad, de infinita grandeza y de infinita sabiduría, obligado del infinito amor que nos tienes has querido quedar entre nosotros como manso Cordero, para que siendo sacrificado infinidad de veces por el incruento sacrificio de nuestros altares, fueses víctima por la cual quedara satisfecho el Padre y nosotros reconciliados con él, quisisteis quedaros en nosotros como el mas pobre, humilde y necesitado, sujeto al arbitrio de vuestras criaturas, experimentando de ellas la falta de culto y decencia en los templos, en los altares y en los sagrarios, como si no fuérais el dueño vos, y ellos los miserables esclavos, que por que de nada sean due-

fios, ni de sí mismos lo deben ser, habeis querido quedar espuesto á una soledad tal, que mas parecen desiertos que iglesias en las que vos os habeis quedado para acompañarnos á nosotros. ¡O, y qué dolor! que no para en esto lo que habeis querido sufrir quedándoos entre nosotros! Donde no sufrís la soledad sufrís la irreverencia, el desacato, el desprecio y la profanacion de vuestro santo templo por los que entran en ellos sin espíritu, sin espíritu bueno, porque entran sin devocion, sin respeto, sin atencion, sin veneracion, sin recogimiento, indecentes, profanos, y que mas vienen á vuestros templos para irritar vuestra justicia, que para aplacarla: mas para incurrir en culpas, que para pedirnos perdon de las que antes tenian sobre sí: y aun no os quedásteis en este santísimo

Sacramento espuesto á solas estas ofensas, que aunque son tantas y tan grandes, aun sufrís otras mayores, y son las que os hacen los que os reciben en unas moradas sucias, asquerosas, horrorosas y abominables, como son las almas de los que os reciben en pecado mortal. ¡O Dios de infinita paciencia, que solo siendo así infinito en paciencia y sufrimiento, podeis tolerar las casi infinitas ofensas que aqui soportais! ¡Quién fuera, Señor y Dios de mi alma, capaz de recompensar tantas ofensas! ¡Quién pudiera con amor corresponder al infinito amor que os obligó á quedaros espuesto á tantas ofensas! ¡Quién pudiera agradecer el inesplicable favor que nos haceis en permanecer entre nosotros! Recibid, Dios mio, mis deseos, y este pequeño obsequio que os dirijo acompañado de un ver-

dadero sentimiento porque no lo hago como debo y vos mereceis: perdonad, Señor, mi tibieza en vuestro amor, y mis imperfecciones en estos obsequios; y para que queden suplidas y satisfechas mis faltas, y aun recompensadas todas las ofensas que recibis de todas las criaturas, os ofrezco los méritos, las virtudes y el purísimo y ardentísimo amor de María Santísima nuestra Madre y Señora, por quien os pido me concedais pureza para recibirlos, y que sea siempre en gracia, para que tengan efecto en mí las sagradas comuniones de vuestro santísimo cuerpo y sangre, y de este modo pueda recompensar las ofensas que te han hecho y te hacen cada día y cada instante las demás criaturas. También os pido, Señor, por la intercesion de la misma Señora, os digneis

mirar por el feliz estado de nuestra Madre la santa Iglesia, por la exaltacion de nuestra santa Fe católica, por la paz y concordia entre los Principes cristianos, estirpacion de las heregias y victoria contra los infieles y hereges, y que se conviertan al gremio de nuestra sagrada religion, y por la conversion de todos los pecadores á verdadera penitencia, por el aumento de la fe, religion y piedad, y destruccion de los pecados y vicios en este reino católico de España: y finalmente os pido, Señor, la conservacion de los justos en vuestra santa gracia, y el descanso de las almas del purgatorio, en particular por las que en esta vida se señalaron en la devocion de este misterio de vuestro Cuerpo Sacramentado, os visitaron mas frecuentemente, y os recibieron dignamente

en cuanto estuvo de su parte,
y principalmente os pido por
las que fueren de vuestro ma-
yor agrado y obligacion mia, y
que en compañía de ellas os
goce mi alma en la bienaven-
turanza por los siglos de los si-
glos. Amen.

*Se rezará un Credo al sagra-
do Corazon de Jesus.*

DEVOTO EGERCICIO

PARA VISITAR LOS SAGRARIOS

EN LA SEMANA SANTA.



Consta de devotas oraciones y piadosas consideraciones de la sacrosanta Pasion de nuestro Señor Jesucristo. Deberán visitarse por lo menos cinco Sagrarios, ó uno cinco veces; pero para las personas que tengan tiempo y quieran emplearlo en este piadoso Egercicio de la Pasion, se ponen doce consideraciones que sirvan para visitar otros tantos Sagrarios, y se practicará en la forma siguiente.

CONSIDERACION.

Meditemos en este Sagrario el amor ardentísimo que nos tuvo nuestro Redentor Jesucristo, por el que se obligó á quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento hasta la consumacion de los siglos. En lo que nos dió la última y mayor prueba de su amor, y para dejarnos este consuelo antes de partirse de este mundo al Padre, por lo que le debemos dar infinitas gracias y pruebas de nuestro amor hasta el fin de nuestra vida.

Aqui se medita un rato y se reza la Estacion menor.

ORACION.

Señor y Redentor mio, yo te doy infinitas gracias por el inexplicable amor que os obligó á quedaros con nosotros en este

Santísimo Sacramento, en el que nos dais vuestro Santísimo Cuerpo en comida, y vuestra preciosa Sangre en bebida: yo os suplico me concedais pureza para recibirlos dignamente, y sustentada y fortalecida con este sagrado pan camine por el desierto de esta vida hasta llegar al monte santo de tu gloria, donde os goce por los siglos de los siglos. Amen.

SEGUNDO SAGRARIO.

En este Sagrario debemos considerar como nuestro Señor Jesucristo subió del Cenáculo acompañado de sus Apóstoles, y despues apartado de ellos, á poca distancia se puso á orar en el huerto llamado Gethsemaní, y en esta oracion pidió á su Eterno Padre primera, segunda y tercera vez le dispensase aquel amargo caliz de su pa-

sion; y fueron tan terribles las congojas, aflicciones y agonías que aquí padeció, que sudó sangre tan copiosamente, que corrió por la tierra. Demos infinitas gracias á este Señor por la constancia que tuvo en esta oracion, aunque cercado de tantas angustias y congojas, y por la perfectísima conformidad y resignacion con la voluntad de su Eterno Padre. Pidámosle su gracia para imitar estas virtudes, de que nos dió tan raro ejemplo.

Aquí se medita un rato si se puede, y luego se reza la Estacion menor, y despues se dice la Oracion siguiente, la cual servira para todos los Sagrarios.

ORACION.

Dios, Señor y Redentor amorosísimo de mi alma, yo os doy infinitas gracias por todo

lo que padecísteis por mí en este paso de vuestra santísima y dolorosísima Pasion que acabo de meditar, y por ella os pido me perdoneis todas las culpas con que en toda mi vida os he ofendido, y me concedais gracia para vivir en adelante como debo para hacer fructuosa en mí vuestra sagrada Pasion. Asimismo os suplico por la exaltacion de nuestra santa Fe católica, paz y concordia entre los Principes cristianos, extirpacion de las heregias, victoria contra los infieles y hereges, por el feliz estado de nuestra santa Madre la Iglesia, por este católico reino y su augusto Monarca, por la conversion de los pecadores á verdadera penitencia, por los justos de la tierra, que los conserveis en vuestra gracia, y finalmente por las pobrecitas y afligidas almas del purgatorio, en parti-

cular por las que en esta vida se señalaron en la devoción, compasión y agradecimiento á vuestra dolorosa Pasion, por las que estan sepultadas en esta iglesia, y principalmente las que fueren de vuestro mayor agrado y obligacion mia. Amen.

TERCER SAGRARIO,

Consideremos en este tercer Sagrario como nuestro Señor Jesucristo fue vendido por su traidor discipulo Judas en el vil precio de treinta dineros, y este desgraciado apostol entregó al Maestro de la vida á los sacrilegos judios, dando por señal para que le aprisionasen aquel fingido y sacrilego ósculo, que no desechó el manso y paciente Maestro, y conocido por los judios le aprisionaron inhumanamente atándole con sogas y cadenas como si fuera

adron y facineroso, y como á tal lo llevaron á la ciudad con grande estruendo y voceria, diciendo contra el benignísimo Señor las mas execrables blasfemias. Compadecete de lo que por ti padeció este Señor, agradece este tan gran beneficio, é imita las virtudes que te enseña con su egeemplo.

Esto se medita, luego se reza la Estacion menor, y despues la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., como en la Estacion antecedente, fol. 136.

CUARTO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-rio la presentacion de nuestro divino Redentor ante el pontifice Anas, quien le hacia muchas preguntas; y como el Señor no le daba respuesta conforme á lo que deseaba saber, uno de los ministros que alli asistian

levantó la mano que tenia armada con un guante de hierro, y dió una cruel y furiosa bofetada en el divino rostro del Señor, que le hizo verter sangre por ojos, boca y oidos; y desde alli fue llevado este Señor á casa de Caifas, y fue examinado de su doctrina, y buscaban testigos falsos para que le acusasen y certificasen las maldades que ellos le imputaban al Maestro de la verdad y sabiduria, para poder tomar ocasion de dar contra él la sentencia de muerte, que era lo que deseaban. Admirate de la paciencia, humildad, modestia, mansedumbre y silencio con que el Señor sufría estos desprecios y malos tratamientos de sus enemigos: alábalo por esta misericordia que usa contigo, y aprovechate de ella no malogrando el fruto de su Pasion, ni despreciando su egemplo.

Se reza la Estacion menor, y luego la Oracion Dios, Señor y Redentor etc. fol. 136.

QUINTO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-
rio como nuestro Señor Jesu-
cristo fue llevado con suma ig-
nominia y desprecio de casa de
Caifas al palacio de Pilatos,
quien examinó al Señor, y no
hallando en él causa de muerte
lo remitió á Herodes, y este
trató al Maestro de la vida con
mucho desprecio; túvole por lo-
co, y mandó lo vistiesen de
blanco para que fuese conocido
de todos por tal, y le volvió á
Pilatos, y en este camino sufrió
el Señor indecibles desprecios,
golpes y puntillones. Demosle
infinitas gracias, pues tanto
quiso padecer por nosotros, y
conozcámosle por verdadero
Dios y Redentor nuestro.

Se reza la Estacion menor y la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., fol. 136.

SEXTO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-
rio como nuestro Señor Jesu-
cristo fue examinado segunda
vez en casa de Pilatos, y aun-
que este cobarde juez conoció
siempre la inocencia del Señor,
lo venció el temor de perder
los bienes temporales, y no te-
mió perder los eternos, y así
pronunció sentencia de azotes
contra Jesus, y descargaron
sobre aquella santísima huma-
nidad mas de cinco mil azotes
con inesplicable crueldad, co-
mo de seis verdugos que per-
diendo la natural compasion se
convirtieron por su odio en in-
humanas fieras contra el man-
sísimo Cordero Jesus; y no
contentos con esto le vistieron

como á Rey de burlas y le coronaron con una terrible y cruel corona de setenta y dos espinas, que fijaron en su sacrosanta cabeza, penetrando las sienas y cerebro divino del Señor de las Magestades. Lastimate de ver tan despreciado y atormentado á tu verdadero Rey, adóralo por tal, y desprecia todo lo que te pueda apartar de él y de su santo servicio.

Se reza la Estacion menor, y la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., folio 136.

SEPTIMO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-rio como viendo Pilatos que aun no se aplacaba la furia de los judios contra Jesus, no obstante verlo hecho un varon de dolores, tomó otro medio para aplacarlos, y fue mostrar á Je-

sus desde un balcon de su palacio para ver si se compadecian los judios, y no le pedian muerto viéndolo tan lastimado y afeado; pero lejos de compadecerse se irritaron mas contra aquel lastimado Señor, y clamaron con desentonadas voces: *tolle, tolle, crucifige, crucifige eum.* Quitalo, quitalo de nuestra vista: crucificalo, crucificalo. Asómbrate, alma, al ver la dureza y obstinacion de aquellos corazones: teme y pide gracia al Señor para que el tuyo no se obstine en el pecado, para que no muera en él; y lastimate al considerar que tus pecados fueron la causa de que el Señor sufriera este desprecio y odio de aquellos que le pedian muerto y crucificado.

Se reza la Estacion menor, y despues la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., fol, 136.

OCTAVO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-
rio como Pilatos pronunció la
inicua , cruel , inhumana é in-
justa sentencia de muerte con-
tra el Señor de la vida dicien-
do , que á Jesus Nazareno co-
mo á hombre sedicioso y con-
trario á la ley , alborotador de
la plebe , y que se quiere nom-
brar hijo de Dios y Rey de Israel,
y que niega se pague el tributo
al Cesar , ordenaba y mandaba
fuese crucificado en medio de
dos ladrones con ignominia y
afrenta , y asi fuesen castigados
sus delitos. Y oyendo esta ini-
cua sentencia los ministros, car-
garon el duro y pesado leño de
la Cruz sobre los delicadísimos
hombros de Jesus , llevándolo
por las calles de Jerusalem en
medio de dos ladrones y gran
tropa de soldados , y delante el
pregonero publicando en alta

voz la sentencia; y habiendo llegado á la calle que llaman de la Amargura, le salió al encuentro su afligidísima Madre, que en compañía de S. Juan y las Marías quiso seguir á su divino Hijo, y viéndole tan maltratado, ensangrentado, llagado y desfigurado, que apenas pudo conocerle, quedó su amante corazón traspasado de dolor y pena, y el del Hijo igualmente de ver lastimada á su amantísima Madre.

Se reza la Estacion menor, y despues la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., fol. 136.

NOVENO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-
rio como siguiendo nuestro di-
vino Redentor la amarga esta-
cion cargado con el insoporta-
ble peso de nuestras culpas, fi-
guradas en aquel duro madero,
debilitada su santísima huma-

nidad por la falta de la sangre, atormentado con los golpes y empellones que le daban los ministros para que caminase á toda prisa, porque estaban sedientos de egecutar la crueldad á que le movió el odio que contra él habian concebido; y así le hicieron caer tres veces en tierra, con lo que quedaba estremadamente lastimada aquella delicadísima humanidad, y principalmente los pies, manos y rodillas eran lastimadas y llagadas por las muchas piedras de aquel camino; y viéndolo unas piadosas mugeres, que lo llevaban á crucificar hecho un abismo de dolores y afrentas, lloraban amargamente, y el Señor las consoló diciendo: *hijas de Jerusalem, no lloreis por mí; llorad sobre vosotras y vuestros hijos.* Y saliendo tambien al encuentro aquella santa y feliz muger Veróni-

ca, y viendo al Señor tan llagado, ensangrentado, sudado y obscurecido su rostro con el polvo, sangre, salivas y bofetadas, se quitó un lienzo de su cabeza, y limpiando el sacrosanto rostro de Jesus, quedó impreso en tres partes del lienzo. Acompañemos á estas santas mugeres en la compasion, dolor y lágrimas por las penas y tormentos de nuestro Redentor.

Se reza la Estacion menor, y despues la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., fol. 136.

DECIMO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-rio como habiendo llegado nuestro Señor Jesucristo al monte Calvario, quitaron la Cruz de sus hombros y le desnudaron de sus sagradas vestiduras, y viendose desnudo á presencia de to-

do el pueblo aquel casto man- cebo, fue indecible la pena y verguenza que sufrió, y un tor- mento inesplicable, porque por la violencia con que le desnu- daron de sus vestiduras salió con ellas la piel, y quedó he- cho una llaga su delicado cuer- po: y teniendo preparada la Cruz y hechos los barrenos, le mandaron se tendiese en ella, y obedeció aquel mansísimo Cordero á los viles ministros, los cuales le clavaron fuerte- mente con tres gruesos clavos, con los que rompieron aquellas divinas manos, instrumento de tantas maravillas; y aquellos santísimos pies, que tantos pa- sos dieron por nuestro remedio: y luego le atormentaron de nuevo volviendo la Cruz para remachar los clavos, y con los golpes quedó herido y postra- do de dolor y pena el corazón amantísimo y ternísimo de Ma-

ría Santísima su Madre, que solo confortándola el brazo poderoso de Dios pudo soportar tan cruel dolor sin perder la vida; y luego los ministros volvieron á fijar la corona de espinas en la mas que lastimada cabeza del Señor, quien padeció mayor dolor que cuando se la fijaron la primera vez, porque ahora la clavaban sobre las profundas heridas.

Se reza la Estacion menor, y despues la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., fol. 136.

UNDECIMO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-rio como los ministros levanta-ron en alto la Cruz, y acercán-dose al hoyo de una peña deja-ron caer de golpe el sacrosan-to madero, con cuyo golpe se estremeció el sagrado cuerpo de Jesus, y quedaron renova-

das y patentes todas las heridas, corriendo de ellas arroyos de sangre; con lo que de nuevo fue atormentada su Santísima Madre, que estaba junto á la Cruz, donde padecia el mas cruel martirio: y como el Señor se quejaba de la sed que aqui padecia, aplicáronle los ministros una esponja con hiel y vinagre á su boca para mayor tormento, y la sed que padecia el Señor era de nuestra salvacion. En este tormento estuvo tres horas, hasta que encomendó su santísima alma en manos de su Eterno Padre, y un soldado rompió cruelmente su costado con una lanza, del cual salió sangre y agua, de donde dimanaron los santos Sacramentos; y aunque el Señor no sintió el golpe y dolor de esta herida, lo sintió su santísima Madre, y fue traspasado del mas cruel dolor su santísimo corazon.

Se reza la estacion menor, y despues la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., fol. 136.

DUODECIMO SAGRARIO.

Consideremos en este Sagra-
rio como bajaron de la Cruz el
sacrosanto cadaver de Jesus
nuestro divino Redentor, y lo
pusieron en los purisimos bra-
zos de su Madre Maria Sauti-
sima: que esta divina Señora se
convirtió en un mar amargui-
simo de penas, dolores, augus-
tias y mortales congojas vien-
do en sus brazos al amado Hi-
jo de sus entrañas tan desfigu-
rado, siendo la hermosura por
esencia y el resplandor de la
gloria del Padre, y el espejo
en quien desean mirarse los
Angeles; y aqui lo miraba he-
cho un leproso cubierto de lla-
gas de pies á cabeza, afeado,
obscurecido y totalmente desfi-

gurado y desconocido; y su mayor dolor fue cuando por los santos Varones fue puesto y sepultado en un sepulcro nuevo de p edra, quedando la divina Señora en el mayor desconsuelo y triste soledad.

Se reza la Estacion menor, y despues la Oracion Dios, Señor y Redentor etc., fol. 136, y ademas la Oracion siguiente   María Santísima en su triste soledad.

ORACION.

O Santísima y purísima Virgen Maria, Madre la mas afligida, pesarosa, angustiada, dolorida y llorosa de todas las madres del mundo: martir la mas inclita de todos los que padecieron terribles tormentos: tórtola solitaria, que con tus tristes gemidos mueves   compasion y amargo llanto   los que te contemplan y atienden á tu llanto, sin consuelo ni alivio,

porque perdiste de vista al que era tu alivio, tu consuelo, tu descanso, tu alegría, tu gozo, tu centro, y tu todo y único bien, por quien suspiras; tu amado Hijo. ¿Quién pudiera consolaros, amada Madre mia? Recibid la amargura y dolor de mi corazon por la compasion de la pasion y muerte de vuestro divino Hijo, y de vuestros acerbisimos dolores y soledad, de que he sido la causa; por tanto, Madre mia amorosisima, os pido me perdoneis, pues tanto os he afligido; y alcanzadme de vuestro divino Hijo me perdone por lo indecible que con mis culpas le he atormentado, y alcanzadme, Madre mia, el especial favor de que guarde en mi corazon tan impresa y fija la Pasion de vuestro divino Hijo, y vuestros dolores, angustias y soledad, que jamas me pueda olvidar de ellos, para

que viva con este agradecimiento, y tenga efecto en mí su sagrada Pasion, y logre el fruto de ella por una eternidad en la bienaventuranza. Amen.

Aqui se rezará una Salve en memoria de los dolores y soledad de María Santísima.

ORACION

A LA SANTISIMA CRUZ.

¡O Madero sacrosanto! ¡O arbol divino! ¡O esposa casta, que en tus brazos recibiste almas puro y casto Esposo! ¡O escudo, poderoso contra el infierno! ¡O marca sagrada, que distingues y honras á las almas, elevándolas á la dignidad de hijas de Dios y herederas de su gloria! ¡O escala segurísima y elevadísima, que llegas hasta el cielo, y te introduces en él, y á los que por tí caminan! ¡O llave maestra, que abriste de par en par las eternas puertas, cerradas pa-

ra los hombres! ¡O cetro del Rey supremo de la gloria! ¡O estandarte real, que vendrás delante del Rey de las eternidades, cuando como Juez venga á juzgar al universo! ¡O buena Cruz, honrada y hermoſeada con el contacto de los miembros del Señor! admíteme á mí, para que por tí me reciba el que por tí me redimió: yo me abrazo contigo afectuosíſimamente; yo te aprecio como joya de infinito valor, y me glorio de estar marcada contigo; y quiero estar siempre armada y revestida de tu iuvenſible poder para triunfar del infierno, para caminar segura por este destierro, para subir veloz á el cielo por tu mortificación y oír que me llama el Señor entre los benditos de su Padre, para que así vea yo el reino, que por tí me ganó mi Redentor, y le alabe y ensalce por los siglos de los siglos. Amen.







